



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Andrea Martínez (Campinas, Brasil, 1982). Estudió la licenciatura en Artes Visuales, con especialidad en Fotografía, en la ENPEG “La Esmeralda”. En 2006 cursó el Seminario de Fotografía Contemporánea en el Centro de la Imagen, que concluyó al año siguiente con la exposición colectiva *Tácticas*. Ha tomado cursos teórico-prácticos con diferentes fotógrafos y artistas visuales de México y el extranjero en la ENPEG, el Centro de la Imagen y otras instituciones. Ha expuesto de manera individual en Casa Vecina, y ha participado en más de quince exposiciones colectivas en México y el extranjero. Participó en la Feria Internacional de Arte Emergente UND en Karlsruhe, Alemania, con un colectivo de artistas mexicanos (2009-2011); en la Feria Supermarket en Estocolmo, Suecia (2011), y en la Feria Internacional Photo Lima en 2012 con la Galería Arróniz. En 2013 realizó una residencia artística en The Banff Centre con una beca otorgada por el FONCA/Conacyt. Vive y trabaja en la Ciudad de México.

Las imágenes de la serie *Otro distante* y *Untitled (Canadian Fall)* incluidas en este número fueron realizadas con el apoyo del programa de Residencias Artísticas FONCA/Conacyt-The Banff Centre, 2013.

IMAGEN DE PORTADA



Andrea Martínez, de la serie *Días fríos*, fotografía digital, 40 × 60 cm, 2009-2011

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Abracadabra / Ana García Bergua	8
DIEZ NARRADORAS (1980-1983)	
Ave Barrera	12
Daniela Bojórquez Vértiz	17
Claudia Reina	24
Brenda Lozano	29
Úrsula Fuentesberain	34
Gabriela Torres Olivares	36
Laura Zúñiga Orta	41
Mariel Iribe	48
Laia Jufresa	54
Valeria Luiselli	60
POESÍA	
En el muro / Raúl Aníbal Sánchez	70
Un árbol siempre en el principio / Fernando Carrera	72
EL RESEÑARIO	
Corazones artificiales / Gabriel Rodríguez Álvarez	74
Mi marido no se disculpa / Silvia Elisa Aguilar Funes	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 184, marzo-abril 2014
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Itzel Rivas Victoria
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Passarge
Imagen de portada: Andrea Martínez
Ilustración de este número: Andrea Martínez
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Como editora de *Punto de partida* me congratulo en publicar esta vez un *dossier* de nuevas narradoras. Las autoras reunidas aquí no requieren mayor presentación, todas han recorrido ya un camino firme y tienen consolidado un prestigio en su campo. No son todas las que figuran en el panorama de las letras mexicanas nuevas, pero sí una parte importante y muy significativa de la producción literaria de una generación notable y prolífica.

El número incluye obra de diez escritoras: cuento, minificción y fragmento de novela. Agradezco el apoyo de Rodrigo Castillo, quien me acercó a algunas de ellas. Otras publicaron en estas páginas en los inicios de su carrera —como es el caso de Valeria Luiselli, Laura Zúñiga Orta, Úrsula Fuentesberain, Daniela Bojórquez y Laia Jufresa—, y festejo contar nuevamente con ellas en este *dossier* precedido por una pieza brillante de Ana García Bergua, quien generosamente abre el número en el Árbol Genealógico.

En la parte gráfica publicamos un portafolio de la fotógrafa Andrea Martínez con obra de varias series, algunas de las cuales forman parte de su proyecto en The Banff Centre, apoyado por el programa de residencias artísticas del FONCA/Conacyt. Complementan el número los poemas de Raúl Aníbal Sánchez y Fernando Carrera; y en El Reseñario, el trabajo de Elisa Aguilar Funes y Gabriel Rodríguez, ganador este último del Sexto Concurso de Reseña Teatral convocado por la Dirección de Teatro de la UNAM.

Presentadas en estricto orden cronológico, Ave Barrera, Daniela Bojórquez Vertiz, Claudia Reina, Brenda Lozano, Úrsula Fuentesberain, Gabriela Torres Olivares, Laura Zúñiga Orta, Mariel Iribe, Laia Jufresa y Valeria Luiselli componen el *dossier* que da tema a esta edición. Todas ellas nacieron en los primeros años de la década de los ochenta, y sorprende gratamente la abundancia de escritoras de este breve periodo reconocidas nacional y, en algunos casos, internacionalmente. El registro es amplio. Se trata de diez autoras con un claro dominio del oficio. Diez escritoras con recursos y alientos variados; diez maneras de narrar; diez mundos sólidos, bien contruidos, que sostienen con firmeza esa punta del iceberg de la que hablaba Hemingway. 1980-1983: una espléndida cosecha para las letras mexicanas. ♪

Carmina Estrada

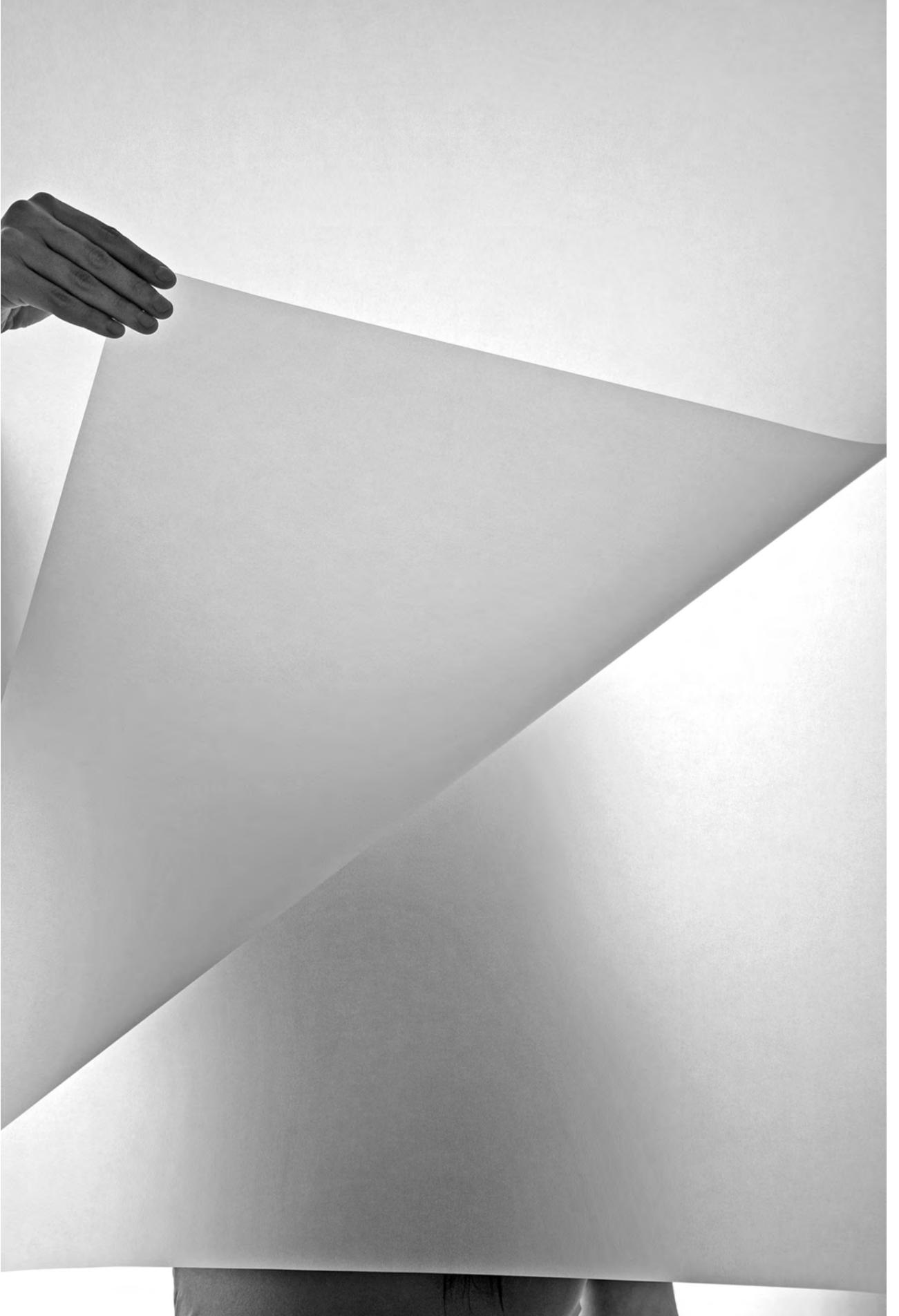
Abracadabra

Ana García Bergua

Ana García Bergua (Ciudad de México, 1960). Narradora y cronista. Estudió Letras Francesas y Escenografía en la UNAM. Es autora del libro de crónica *Postales desde el puerto* (Conaculta, 1997); de los libros de cuento *El imaginador* (Era, 1996), *La confianza en los extraños* (Debate, 2002), *Otra oportunidad para el señor Balmand* (Conaculta/Aldus, 2004), *Edificio* (Alfaguara, 2009) y *El limbo bajo la lluvia* (Textofilia, 2013); del libro de ensayo *Pie de página* (Conaculta/Ediciones sin Nombre, 2007); y de las novelas *El umbral. Travels and adventures* (Era, 1993), *Púrpura* (Era, 1999), *Rosas negras* (Plaza y Janés, 2004), *Isla de bobos* (Planeta/Seix Barral, 2007) y *La bomba de San José* (Era/Literatura UNAM, 2012; Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2013). Es miembro del SNCA.

No supo cuánto tiempo llevaba atrapada en la oscuridad desde que el mago Chang Pi la guardó en su caja de truco, cerró la tapa, serruchó y dijo abracadabra. En lugar del doble fondo por el que siempre se deslizaba para reaparecer en la tarima del fondo, gloriosa en su vestido azul de lentejuelas, fue a parar a un pasillo forrado de paño negro, tan silencioso y suave que ahogaba los gritos. Sentía, de tanto en tanto, el aleteo de palomas que le rozaban los hombros desnudos y entre sus piernas se enredaba el pelo suave de raudos conejos. Imaginaba que ellos también vivían ahí, desaparecidos en el fondo del sombrero de copa o de la caja forrada con espejos de la que el mago solía extraer incontables pañuelos de colores. ¿Sería que la magia de Chang Pi se logró por fin? ¿Habrían sido sus anteriores escenificaciones con el doble fondo y la trampilla un ensayo para ésta, su verdadera e impresionante desaparición, preparada por el mago en interminables pruebas físicas y alquímicas, o una rebelión de la verdadera magia contra las burdas puestas en escena de los magos? ¿Cuántas veces diría abracadabra el mago Chang Pi, luego de que ella se esfumara por completo? Para consolarse de la oscuridad, los mordisquitos y los picoteos en los tobillos, lo imaginaba repitiendo la palabra, desesperado, con el público en incredulidad suspendida y ella inerte, atrapada en la oscuridad de la verdadera magia, en un túnel negro donde habitaban palomas, conejos, mascadas coloridas y naipes voladores. Abracadabra, abracadabra. ¿Cuánto tiempo pasaría perdida en el envés de las cosas, en la sala de espera de los sueños de los magos y de los espectadores que creen en los prodigios de los magos?

Exactamente, setenta y cinco años que en el mundo de Chang Pi duraron un sólo instante, pues cuando el mago levantó la tapa del sarcófago de doble fondo —y no dijo abracadabra, sino “con ustedes, *mesdames et messieurs*, el mayor prodigio de todos los tiempos”—, su asistente Vivianne Chanteclair, hacía un minuto bellísima y radiante cuando se acostó con una sonrisa voluptuosa a recibir del mágico serrucho el mágico desmembramiento, resurgió con el rostro desencajado en una expresión de absoluto desconcierto, el vestido azul ya sin lentejuelas, picoteado y sucio de cagarrutas de paloma, convertida en una anciana triste y sorprendida. El público y el mago aplaudieron a rabiar. 📍



Untitled (Canadian Fall), díptico, proyección, medidas variables, 2013



Diez narradoras (1980-1983)



Ave Barrera

Guadalajara, Jalisco, 1980

Aquellas tristes camelias blancas

Miguel salió el fin de semana y yo decidí quedarme en casa para adelantar algunos pendientes del despacho, limpiar los estantes de la alacena, trabajar un poco en el jardín. Las camelias de la entrada no aguantaron la temporada de calor. Había pensado cambiarlas por una planta menos delicada, más agradecida, como las teresitas, tal vez unos crisantemos o unas malvas que me recibieran con su sonrisa ingenua, en lugar del reclamo de hojarasca y botones marchitos que me lanzaban aquellas tristes camelias blancas.

El viejito del vivero me mostró las petunias, los pensamientos, las hortensias, aunque dijo que si lo que quería era rellenar un buen pedazo de jardinera sin preocuparme por los cuidados que normalmente requieren las plantas más me valía sembrar sinvergüenza o uña de gato. Creo que trataba de regañarme por no haber cuidado de las camelias que él mismo me había vendido el invierno pasado, pero lo ignoré y me decidí por las hortensias. No tardé mucho en desarraigar los tallos secos y reemplazarlos por los rebosantes racimos azul cobalto. No soy bióloga ni botánica ni nada por el estilo, así que cuando compro flores, lo que miro son las flores y no me detengo a ver qué tipo de raíz o de tallo o de hoja tienen, pero esta vez reparé en el verde intenso de las hojas de la hortensia y me gustó el carácter robusto con que envolvían los ramos apiñados como buqué de novia.

Apelmazaba la tierra sobre la raíz de la última de las hortensias cuando escuché la campana del camión de la basura. Me apresuré a levantar el desorden, las camelias

marchitas, las bolsas de alimentos caducos que había sacado de la alacena y en un dos por tres me había deshecho de todo. Regué las hortensias y enjuagué con el chorro de la manguera los restos de tierra en el mosaico de la cochera, en las sandalias, en mis pies. El calor me había puesto las mejillas muy rojas.

La casa estaba fresca y llena de olor a Suavitel. Siempre he pensado que el ruido que hacen las secadoras de ropa se debe a misteriosas piedrecitas que rebotan con las paredes de metal. Piedrecitas olvidadas en los bolsillos de los pantalones. No sé por qué, pero ese chasquido me provoca un ansia extraña en los extremos de la quijada. El timbre anunció que el ciclo de secado llegaba a su fin. Las piedrecitas dejaron de rebotar. En silencio fui doblando las camisetas y las toallas, hice bolita los calzones y los calcetines y hasta planché las camisas que usaría Miguel en la semana. Cuando terminé vi que me había mandado un mensaje: venía en el autobús de las cuatro, llegaría a casa como a las once y media. Tiempo justo para deshacer la maleta, acostarse un rato, levantarse temprano, empezar una semana más.

Abrí la puerta del clóset para guardar la ropa limpia y me di cuenta de que no había espacio. Los anaqueles estaban a rebozar de ropa vieja, mal doblada, ropa que guardaba el perfume rancio de varios años, cuando era otro mi cuerpo y otros eran también los humores que producía mi cuerpo. Arrugué la nariz. Vi mi gesto en el espejo largo, me vi a mí, tan distinta que casi no me reconocía. Entonces decido ir a la cocina y arrancar del rollo dos grandes bolsas de basura para echar ahí toda esta ropa de elásticos vencidos y etiquetas vergonzosas. Sin miramientos. No quiero pensar si puedo volver a necesitar tal

Ave Barrera. Estudió Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara y trabajó como editora durante varios años en la ciudad de Oaxaca. Obtuvo la beca de la Fundación Carolina para el Curso de Formación de Editores de la Universidad Complutense de Madrid y la beca del programa Jóvenes Creadores del FONCA en novela (2010 y 2014). Ha trabajado como *copywriter* para medios electrónicos. Escribe cuento y literatura para niños. Su primera novela *Puertas demasiado pequeñas* (Universidad Veracruzana, 2013) obtuvo el premio Sergio Galindo de la Universidad Veracruzana. Actualmente vive en la Ciudad de México y estudia la maestría en Letras Modernas Portuguesas en la UNAM.

o cual prenda. La decisión es terminante. Extender frente a mí uno de esos pantalones sería como contemplar de nuevo la gordura contenida en ellos. Me apresuro a vaciar los anaqueles salvo por los abrigos, los vestidos caros que tengo pensado mandar arreglar y un par de cosas sencillas que había comprado recientemente, conforme baja de peso y dejaba de quedarme la ropa vieja.

Cierro las bolsas. Les hago un fuerte nudo en la boca y las arrastro por el pasillo con el ansia de quien quiere deshacerse de un cadáver. Me resulta simpático actuar el papel de asesina que carga con los restos de sí misma en la cajuela para ir a enterrarlos a mitad del desierto, sólo que en lugar de ir al desierto y cavar un agujero enorme para sembrar en él un montón de ropa de tallas extra —lo cual sería un verdadero desperdicio—, pienso llevar los bultos a casa de la tía Angelita, quien a su vez los hará llegar a las gentes más necesitadas de la parroquia de Cuquío.

Llamo a la tía Angelita desde el coche para preguntarle si se encuentra en casa, aunque la llamada es más un aviso que una pregunta, siempre está en casa. Ella dice que me dé prisa porque tiene pensado ir a la misa de siete. Yo le digo que faltan como tres horas para eso, llegaré en menos de quince minutos. Tengo que decirle que por favor no se moleste en empacar para mí una docena de tamales. Ella dice que no es molestia, que puedo recalentarlos en la semana para desayunar con cafecito. Tengo que explicarle que ya no puedo comer tamales porque los prohíbe la dieta que me dio el doctor y eso más o menos la convence. Insiste en que no tarde. Cuelgo.

La tía Angelita hace tamales para vender y es muy gorda. Muy, pero muy gorda. Su casa está impregnada

de olor a grasa de tamal, su ropa, su cuerpo, el mantel verde donde se pasa las tardes jugando al póquer luego de despachar a los vendedores con sus respectivos carritos humeantes. Los domingos se monta jadeando en una silla de ruedas que alguno de mis primos empuja hasta la iglesia de San Judas Tadeo para asistir a misa. Siempre que voy a su casa digo que tengo mucha prisa y trato de contener al máximo posible la respiración. Seguro que ella se da cuenta, no me reclama por salir así de rápido. Agradece la visita y sacude su enorme brazo flácido para decir adiós desde su sitio frente a la mesa de paño verde, pingosa de comida y cenizas de cigarro.

Al salir de la casa de tía Angelita respiro aliviada el aire claro y veo que todavía me da tiempo de llegar al centro comercial. Subo al coche y manejo un poco más aprisa, con más entusiasmo de lo normal. Meto el coche al estacionamiento y doy un par de vueltas hasta encontrar lugar. Me aplaco un poquito los cabellos en el espejo retrovisor antes de salir. Hace mucho que no me daba tiempo de venir sola al centro comercial. Cuando vengo con Miguel es diferente; por lo general vamos directo al cine, a la zona de comida o curioseamos por ahí sin entrar en ninguna de las tiendas. No me gusta hacerlo esperar y que se ponga de malas. A veces, cuando de pasada veo una buena oferta, le pido que espere en la tienda de discos y yo me apuro a encontrar el color y la talla que necesito, paso a la caja o renuncio de antemano si veo que hay más de cinco personas en la fila.

Hoy, por el contrario, vengo con la intención de entrar a la tienda que yo quiera, tardarme todo lo que quiera y comprar lo que sea necesario para poblar de nuevo mi lado del clóset con cosas que me hagan ver bien. Por



De la serie *Otro distante*, 2013

primera vez en mi vida tengo la oportunidad de vestir lo que viste la gente normal, buscar un estilo propio entre las tendencias de la temporada. Supongo que no será suficiente con una o dos prendas básicas; si pretendo ponerme tal o cual blusa tengo que comprar el tipo de pantalones que le hace juego y ese tipo de pantalones sólo van bien con determinado tipo de zapatos. Tampoco tengo ropa interior adecuada para usar debajo de esas telas tan volátiles, tan finas. Durante los últimos años me he limitado a usar pantalones de mezclilla, camisetas de algodón, sudaderas o camisas de cuadros. Chamarra de relleno si hace mucho frío. Tenis.

Ahora que puedo usar la ropa que se muestra en los aparadores me doy cuenta de que los estampados y los cortes me resultan totalmente extraños, como si me

hubiera transportado en una máquina del tiempo a una era donde los seres son blancos, espigados y sin rostro. Quiero armar un par de conjuntos de pantalón y blusa, una falda, unos zapatos. Revuelvo las pilas de ropa imposiblemente chica y encuentro por fin un pantalón rojo talla siete. Descuelgo un suéter y un vestido que me parecen bonitos. Un suéter de hilo color azul cobalto que me recuerda los racimos de las hortensias que acabo de sembrar. Pienso en Miguel. Podría invitarlo a cenar a un lugar elegante el próximo fin de semana como pretexto para estrenar, sorprenderlo un día cualquiera a la salida del trabajo.

Me empieza a colmar una sensación que no conocía: la satisfacción de ser como la gente que antes admiraba de lejos, esa gente que va por el mundo satisfecha

con su cuerpo. Sonrío. Saludo a la chica del probador aunque ella no me mira, cuenta la ropa que llevo en los brazos y me dice que solamente puedo pasar seis prendas. Separo las que sí y las que no. Me da una ficha grande con el número seis. Entro en uno de los probadores, corro la cortina oscura y me encuentro con la imagen entera de mí misma en el espejo. El haz dorado de la lámpara de halógeno me cubre desde la coronilla hasta los pies: estoy en un escenario, comienza el espectáculo, la única espectadora soy yo.

Me quito la ropa y descubro bajo el haz de luz un cuerpo pálido con caderas de engrudo, cubierto de vellos tronchados, surcado por venas tortuosas, muy azules. Tengo varios moretones repartidos en las pantorrillas y no sé en qué momento me los hice. Desvío la mirada para no verme. Esta luz no tiene piedad, revela con sombras minuciosas cada grumo, cada estría, los elásticos encajados en mi carne formando pequeñas lonjas blancuzcas y tristes, veo mi rostro horrorizado. Intento con el primer pantalón y la pantorrilla se me atasca a la mitad del tubo. El pie no alcanza a salir del otro lado, el otro pantalón sube con mil trabajos pero no cierra. Me lo saco a tirones y respiro. La luz me acalora y se me hacen perlas de sudor en el bigote que temo limpiar al pasarme uno de los vestidos sobre la cabeza. Me siento tan ridícula y grotesca. Los calcetines me hacen ver enana. Me los quito, pero ya no puedo dejar de pensar en que el vestido me acorta las piernas. Lo mismo a la falda. Una de las blusas se me abulta en la barriga como si debajo hubiera una gran panza, la otra me hace ver las chichis aplastadas y deformes. Es una pesada broma, pienso, un espejo como los de las ferias, pero to-

davía más horrible: en lugar de distorsionar los cuerpos los muestra al desnudo, tal como son. El aire caliente me sofoca, me asfixio. Arrojo la ropa al suelo y me visto a toda prisa. Necesito sentirme a salvo en mis viejos pantalones, secarme la cara con mi camiseta de algodón.

Huyo. Dejo la ropa regada en el suelo y salgo, pero la chica mal encarada me detiene y me pide la ficha. Voy y levanto el montón de trapos, la ficha con el número seis, dejo todo sobre el mostrador. Ella dice que le permita un momento, tiene que revisar que las prendas no estén dañadas. Se da cuenta de mi prisa, de mi vergüenza, pero quiere echarme en cara aquel desorden y se toma su tiempo para voltear las perneras de los pantalones, cerrar las braguetas, colgar nuevamente los vestidos y las blusas en los ganchos. Pregunta si voy a llevar algo y muevo la cabeza diciendo que no. Luego veo detrás de ella el suéter de hilo que no había podido probarme y le digo que voy a llevarme eso. Camino hacia la caja. Pago.

En el inframundo del estacionamiento me siento por fin aliviada. Concreto oscuro, tuberías, zumbido de máquina y olor a escape rompen con el encanto de los mármoles, los cristales y el aire acondicionado. Entro al coche, la tapicería todavía huele como cuando era nueva. Reviso el teléfono, pero Miguel no ha mandado mensaje. Enciendo la marcha y meto la reversa. Conduzco de regreso a casa. Estoy tan cansada que al detenerme en uno de los semáforos cabeceo.

No escuché el ruido de la cerradura ni las rueditas de la maleta de Miguel en el pasillo. Desperté cuando apagó la tele y sentí el silencio de sus pasos en la alfombra. Me incorporé soñolienta sobre los almohadones. Él

me dio un beso en los cabellos despeinados y le pregunté que cómo le había ido. Dijo que bien, que su mamá me mandaba saludos y unos quesos que ya había guardado en el refrigerador. Me quedé con la mirada boba mientras él iba y venía por el cuarto acomodando sus cosas. Descubrió las camisas planchadas y dijo que gracias, que no debía molestarme con esas cosas. Alcé los hombros y le dije:

—Ya sabes, me gusta planchar.

—Te queda muy bien ese suéter. ¿Es nuevo?

Asentí, todavía con la mirada perdida en el estampado de las cortinas.

—Deberías quitártelo para dormir.

—Es del mismo color que las hortensias, ¿las viste?

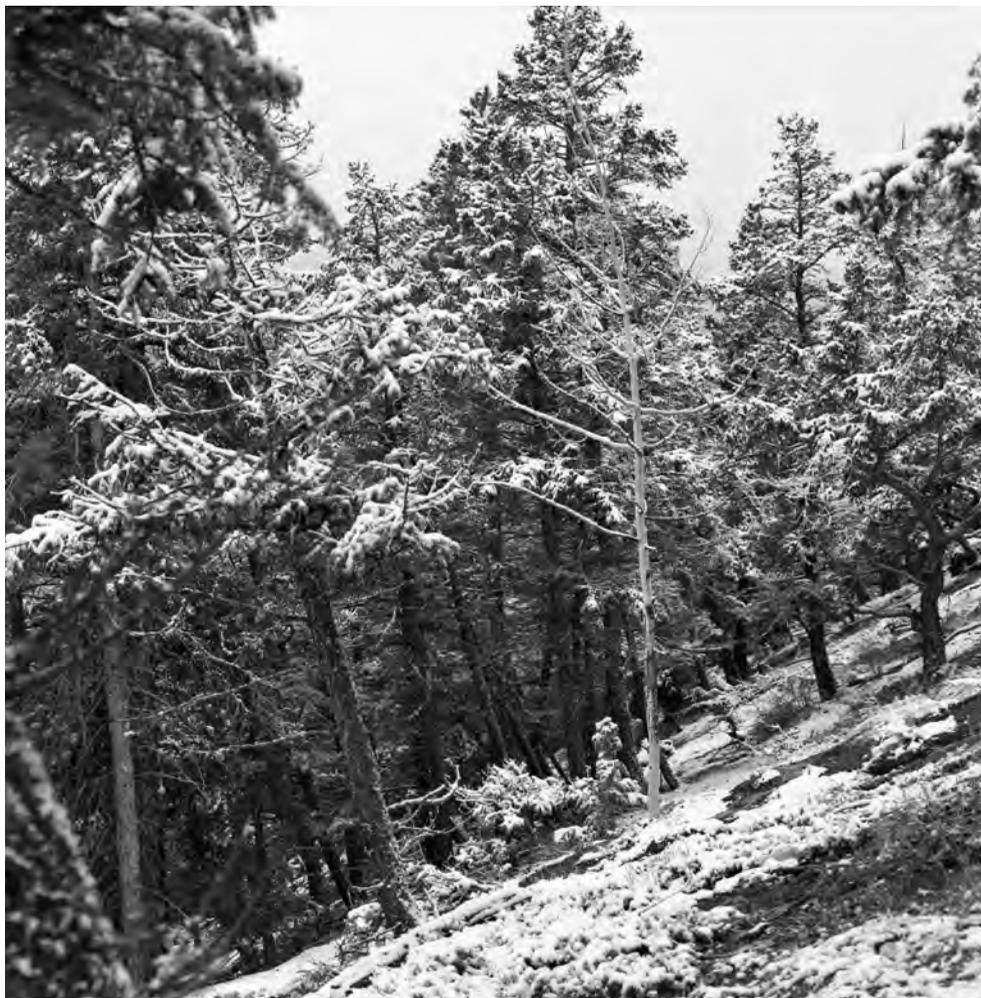
—Sí, cuando iba entrando me di cuenta —se metió en la cama y apagó la luz—. Me gustaban las camelias,

lástima que se hayan secado. Tal vez si las hubieras puesto en la sombra como nos dijo el viejito del vivero...

—Entonces también las hortensias se van a secar —dije, pero Miguel ya se estaba quedando dormido.

Horas antes, cuando estacionaba el coche, me di cuenta de que las hojas robustas de las hortensias estaban lacias, apuntaban hacia la tierra mientras que los ramilletes indefensos mantenían su colorido amparados en el cielo de la tarde. Tenía muchísimo sueño, pero no debía dormir. Saqué el suéter de la bolsa y me lo probé frente al espejo de la recámara, le corté las etiquetas. Prendí la tele para esperar a Miguel. No debí dormirme. Ahora ya se me espantó el sueño y voy a pasar la noche entera pensando, con los ojos muy abiertos en la oscuridad. 

De la serie *Otro distante*, 2013



Daniela Bojórquez Vértiz

Ciudad de México, 1980

Ataque de (teatro) pánico*

Días antes, Posible Acompañante había asegurado a Protagonista del relato que la mejor manera de curarse de una serie de ataques de ansiedad es enfrentar las situaciones que suelen detonarlos. Por lo tanto, si a ella le ocurrían en lugares cerrados, correspondía justamente ir al teatro a ver el estreno de una obra cuya polémica había comenzado semanas atrás.

“Las piedras arrojadas al personaje de Cristo tenían todo el aspecto de excrementos, además del inequívoco olor que invadió el teatro en ese momento. Y es que [...]”, seguía el segundo párrafo escrito en gerundio y con uso excesivo del verbo generar: polémica, sobre todo, publicaba la nota de prensa al día siguiente del estreno de *Cristo de nuevo resucitado*.

El tema de *Cristo*... eran las dudas de un dios en el que creía ochenta por ciento de la población del país en ese tiempo. El público aún no se acostumbraba del todo, aunque comenzaba a habituarse a que los temas en escena-ficción versaran en política, religión o sexo: el teatro padecía una preocupante baja de audiencia. Por su parte, los temas mentales de Protagonista consistían en: 1) probar qué tanto disfrutaba de la compañía de Posible Algo en su vida sentimental; 2) seguir con el intento de llevar una “vida normal” pese a que las fobias crecían y se engrosaba el celofán que la separaba de la *realidad*; 3) evitar tener un golpe de adrenalina gratis durante la función por medio del ejercicio de concentración en la puesta en escena y el ligue con Acompañante.

Entran cinco minutos antes del inicio de la función. Acompañante Efectivo ha desoído las peticiones a sentarse cerca de la salida, no tanto por descortés sino por ignorante, no en despectivo sino como mera descripción, porque ignoraba que lo mejor para Protagonista era más bien una pastilla y calmar los nervios con suficientes dosis de salidas al campo e ingesta de comida saludable, e ignoraba también que detalles mínimos como si la butaca elegida es la F2 o la F7 hacen un cambio muy significativo en la sensación de tranquilidad, ya que no es lo mismo salir corriendo directo a

* Publicado en *Antología Jóvenes Creadores del FONCA* (2012-2013, 1^{er} periodo), Conaculta/FONCA, México, 2013.

la escalera que tener que pedir permiso diez veces tropezando con el mismo número de piernas en plena función mientras se escucha un shhhh. Es decir que quedaba eliminada la posible rápida emergencia porque ambos se sentaron al centro del patio de butacas, con espectadores rozando a izquierda y derecha.

Entonces comienza ese ligero rumor expectante en los teatros antes de función, con comentarios en bajavoz y los olores a bolsas de cuero, perfumes femeninos, sudor, una pastilla refrescante del aliento y zapatos que vienen de la lluvia de afuera que es sólo un rumor que gotea en el techo del teatro.

No hay tercera llamada (se perdió en algún punto de la ejecución teatral contemporánea). Se prende un par de luces directas a la escena de un desierto de cartón, un exceso de planos con distintos tonos de ocre donde es imposible distinguir qué es atrás y qué adelante (analogía mano de director al Tiempo, a lo divino que es eterno). Para este momento, Protagonista ha olvidado los ataques y se relaja en su butaca dispuesta a cumplir su función de público.

La configuración del escenario o el tono fársico de la obra la hace sentir incómoda, algo en la verosimilitud que no funciona. Voltea a la izquierda a ver a Acompañante, que parece muy concentrado con una mano en la barbilla y las cejas alzadas, es atractivo a veces, piensa ella, pero no lo suficiente como para unos besos o algo más, esos vellitos en los dedos, esa actitud de autosuficiencia.

Los gritos del actor en personaje corriendo fariseos del templo: ella intenta concentrarse en uno de los actores secundarios que es bastante guapo o en el juego óptico de planos. Busca con la mirada el letrero encendido de la salida de emergencia, como no queriendo, como si fuera parte de la escena total y ella sólo se lo topara en su ángulo de visión por casualidad, intenta mantener quietas las manos nerviosas y concentrarse en el rostro sufriente del actor allá adelante.

Demasiados cambios de luces para un sistema nervioso frágil; la impostación de diálogos no permite a Protagonista entrar por completo a la ficción. Para la última parte de la obra (si puede hablarse de cierta estructura, ya que se basa en un teatro anti-aristotélico que hace converger todos los posibles tiempos de la ficción en un sólo espacio. El personaje está en presente, futuro y pasado), al momento de una *crucifixión* iconoclasta (en sentido estricto, sujeta a la interpretación porque nunca se aclaró si el personaje era Jesús o un personaje del personaje) comenzaron a surgir

Daniela Bojórquez Vértiz. Narradora y artista visual. Ha publicado los libros de cuento *Lágrimas de Newton* (Ficticia y f.l.m., 2006) y *Modelo vivo* (IMC, 2010, 1ª ed. agotada, 2ª ed. Calygramma-INBA, 2013). Obtuvo el Primer Premio de Adquisición en la 8ª Bienal de Artes Visuales Puebla de los Ángeles 2011. Su obra fue seleccionada en la 5ª Bienal de Artes Visuales Tijuana 2012 y en la 1ª Feria Internacional de Libro de Artista, Guadalajara, Jalisco 2014. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (1ª Generación 2003-2004) y del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2005-2006 y 2012-2013). Es integrante del Programa Educativo SOMA en la Ciudad de México.

bolas de excremento o de una masa mezclada con, que entraban a derecha e izquierda del escenario lanzadas por manos invisibles.

El público soporta el olor porque parece de mal gusto taparse la nariz aunque haya moléculas nauseabundas en el aire; además, es inadecuado en cuanto a la tensión dramática, porque cualquier movimiento por parte del público (tos, ¡aplausos a media sinfonía!) le quita (a) tensión a la escena, repetida por miles de años en el imaginario, de un hombre atacado por piedras, sean de cualquier material: el olor sólo es una consecuencia y el público actúa a su manera fingiendo que no existe.

Las reacciones son discretas, quizá había exagerado el reportero, fue perfectamente soportable para todos la escena (aunque la religión sea ficción también lo es el teatro, todos lo sabemos, juguemos a que esto es cierto y hagamos catarsis por un rato), salvo para Protagonista que tiene el impulso de ponerse de pie o gritar Fuego para que todos salgan del recinto.

EXIT en verde

Siente cierta debilidad, el corazón acelerado como de pollito, que podría detenerse en cualquier momento. También percibe lo débil de la tarima, del teatro mismo. La gente sentada tan cerca, la certeza: me voy a morir, pero no en el inconsciente, perenne como todos, sino aquí mismo y ahora mismo. Entonces sucede un alejamiento que incluye no sólo a la observación como espectador que ya no cree lo que se le presenta (en este momento la escena es un desorden de gritos y lamentos) sino un alejarse más allá del propio cuerpo y la sensación de no pertenecerse, ocurre esto tras sus ojos que miran muy fijo (si en vez de ver hacia la escena hacemos un giro de ciento ochenta hacia el público distinguimos la mirada de ella (*zoom in*) como en angustia interior hitchcockiana, vértigo de quien está dejando de ser por causas internas sin que nada afuera parezca haberlo detonado), la escena se va por unos segundos a negros en tanto Acompañante se sorprende al descubrir las uñas de su cita marcadas en la rodilla.

Es mental, había dicho él, sólo controla la sensación una vez llegada, que de tan detenida deje de aparecer; y aunque esa mente haya hecho el esfuerzo por mantenerse en la escena —donde ahora Cristo pregunta en italiano por qué lo han abandonado—, se levanta y camina rodeada del obstáculo que representa la fila de espectadores,

intenta abrir las fosas para distraer las ganas de soltar un grito con el olor rancio-ácido, mientras toma la mano de Acompañante y la aprieta hasta el corte de circulación, en tanto intenta alcanzar la salida tropezando con hombres y mujeres mientras en el escenario descuelgan de una cruz el cuerpo embadurnado.

Por lo menos ese momento de la obra fue adecuado para salir sin molestar tanto a la audiencia; las escaleras son muy angostas pero desembocan en la luz de afuera: la alcanza Acompañante Amigo que aprovecha para encender un cigarro y sugerirle bajo el paraguas abierto, Vamos sólo tienes que pensar en otra cosa, Es ficción no pasa nada, ficción: adelgazar la ya delgada línea entre lo que pasa afuera y lo que pasa adentro, sobre todo tomando en cuenta que en teatro no es que esté pasando la realidad real, ella necesita tiempo y quizá no tienen demasiado en común, el ataque va pasando, la lluvia fría la calma, son una pareja que se salió de la función y alimenta la polémica de una obra que, vamos, ni siquiera valía tanto la pena. ♪

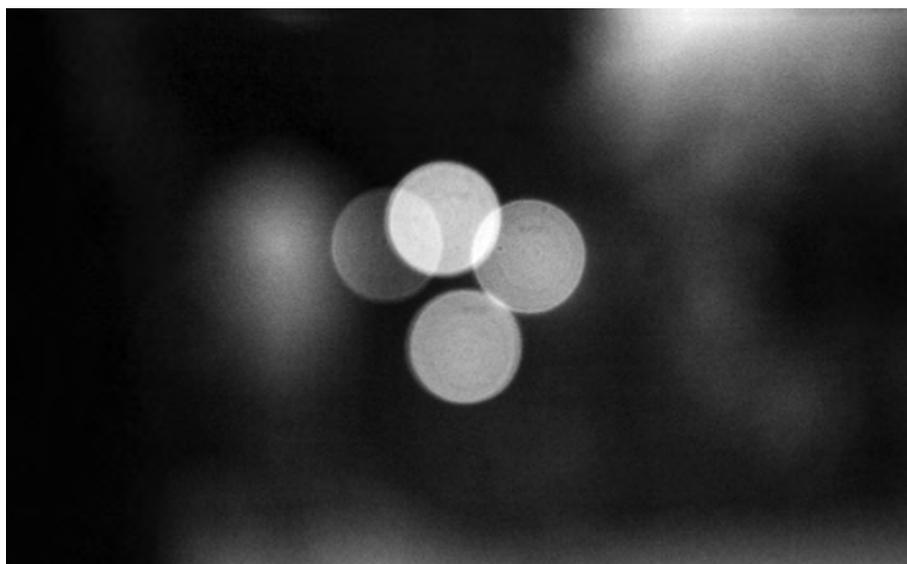


Imagen observada por Protagonista segundos antes del ataque.

Estética*

Qué es (el) arte o preguntas parecidas permean su mente y ahora están rodeadas de cuestiones para ella tanto o más irresolubles. ¿Para qué había pasado tantas horas leyendo historias y apologías del ocio y sesudos análisis sobre la mente y sus laberintos, si hasta ahora nada de eso había causado que cambiara su situación vital, la *real*, es decir, cuando sale de casa con un rictus de preguntas atoradas en la mente, un enredo interno que a punto está de pasarse al exterior cuando dice Urge un corte de cabello?

Entra en la estética más cercana, ya el nombre mismo del local implica algo, en no ser peluquería, ella nació en el tiempo bullente de las Estéticas Unisex, cuando no parecía importarles a nadie la dupla entre asuntos culturales y cotidianos, que por ahora dejaremos se autodescriba desde la puerta abierta que ella cruza con una petición parecida al ruego que sentencia Necesito un corte.

Cuatro sillas de peluquería refinadas estilísticas, evitar el deshonor a su nombre el sitio: ella duda en cuál de las sillas sentarse cuando el estilista avanza con pasos de escenario y repite Buenas tardes, antes de convertirse en torero y extender el capote plástico sobre el pecho de quien ya se sentó y al observarse al espejo decidió detener por unos instantes las dudas, esto es un *break* del monólogo interno estresante de quien, al prescindir de

los anteojos de pasta, distingue del estilista sólo la borradura de una presencia joven (saludable, noble) a la que dirige la frase Quiero dejarlo crecer pero hay que emparejarlo.

Que no el despunte en sí, sino la petición poco correspondiente con el tono original de urgencia es lo que deja al estilista detenido en su probable siguiente frase, así que prefiere guardar silencio y tomar un atomizador para humedecer las hebras con el mismo cuidado que en procedimiento quirúrgico. Ocurren entre diecisiete y veintiún clics de la tijera que la protagonista no cuenta sino intuye y todo es silencio como fondo de lienzo blanco en clacs de tijera decorativos hasta que llega La Pregunta:

—¿A qué te dedicas?

Aquí el monólogo interno que busca una respuesta absurda y a la vez interesante (macramé digital, colecciono piedras) que no niegue y además logre alejarse de categorías, esto ocurre en un segundo, es decir, porque los términos mentales se parecen más a la velocidad de la luz que a la de escritura, velocidad de la luz, escritura + luz =

—Fotografía.

—Ah, muy interesante. ¿Bodas?

Bodas no. No personas atándose por voluntad (generalmente) bajo las miradas envidiosas de mujeres en edad casadera según parámetros tácitos de mayo, exterior, día cuando el blanco del vestido desprende casi un halo de luz fotografiar bodas: ser un señor con corbata delgada sobre el abdomen abultado y una cámara con todos los accesorios prestos al mismo tiempo sin ser usados para la pose de instantánea felicidad eterna en-

* Publicado en la antología *Lados B. Narrativa de alto riesgo*, Nitro / Press, México, 2013.

tre las plantas sembradas al propósito de las sesiones dizque espontáneas en un jardín de eventos.

—No, bodas no. Hago (aquí la búsqueda de una palabra clara, efectiva, que como es de suponer, no llega). Hago otro tipo de fotografía (y aquí pensar si no está a punto de ocurrir lo mismo que cuando alguien pregunta ¿Escribes? Y respondes sí y revira ¿Qué escribes? Y dices Cuento y pregunta si para niños y cuando dices que no, que para adultos, preguntón pone cara picarona porque ahora cree encontrarse frente a una escritora erótica y caliente). Revira rápido

—Hay foto comercial, periodística y otras.

—Yo no sé mucho de esas cosas.

La palabra cosas casi no se escucha porque estilista tapa su propia voz con el sonido de la secadora que usa durante tres segundos para un área de las puntas del cabello aún no recortadas. Apaga el aparato cuando termina el monólogo (no es fácil de explicar que toma fotos para nadie en particular).

—Yo hago montañismo.

—¿Subes montañas?

—Las bajo. En bicicleta. Es difícil bajar a mucha velocidad sin *romperse la crisma*.

La cabeza. Que adentro piensa Definitivo, su oficio es más riesgoso... pero tampoco “sirve” (Houellebecq: las personas que producen las mercancías, los horarios, los útiles al mundo como ser tintorero o hacer mesas...). O ser

Estilista: que a través de sus manos dé forma a un corte tipo Bob muy de la temporada un corte qué decir recto, perfecto en tanto él, él del oficio útil con una mente en apariencia independiente de las manos se acerca



De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 × 50 cm, 2009-2011

mucho a las puntas del cabello y revisa algunos sobrantes y parece que con las tijeras está por cortar el aire, aunque si hubiera (un haz de luz que desde atrás iluminara la melena) podría notarse cómo se cortan dos o tres cabellos sobrantes de la que piensa en luz en este momento de dedicación que dura sólo restos de segundo cuando suena el teléfono de ella...

Contesta su teléfono, algo pide el mundito de afuera, ese después de las puertas de cristal cuyas franjas horizonte crean la misma sombra que una persiana sobre el piso, esto observa ella quien desde el otro lado del teléfono recibe fechas, agendas, exigencias, mínimas, es cierto, qué cosa tan importante puede tener que



hacer una fotografía, sin embargo se instalan dentro de su cabeza (lo de afuera sigue siendo resuelto ahora de la oreja en el lado donde no está el teléfono, ahora con un degrafile que logre cierto volumen no notorio para quien vea a la fotógrafa y su nuevo corte de cabello días después, pero muy obvio en este momento según el estilista para quien lo más importante en justamente el cabello de la fotógrafa, que recién colgado el celular, si se le puede llamar colgar a dejar de conversar en un teléfono móvil, se instala de pronto en) la obligación de hacer algo en/por el mundo, así como el estilista que baja montañas y que para el momento se ha convertido en un ejemplo a seguir para ella, cómo decirlo, no un

ejemplo vital en el sentido de que mañana guardará la cámara en un cajón para dedicarse a subir (bajar) montañas, o que venderá la réflex y el resto del equipo a un comerciante de fotografía para (por fin) poner su Estética y cortar el pelo, sino que algunas de las preguntas al principio de este texto arrebujadas comenzaron a aclararse, mejor, comenzaron a obtener un indicio de respuesta (como luces de los autos enfocándose a través de un lente), nociones sobre la dedicación, el oficio, el aplomo, ahora que estilista pregunta

—¿Todo bien?

Ya que la clienta llevaba unos segundos de mirada fija en el espejo con el móvil en la mano, Sí todo bien, Lo voy a secar, dice él que con habilidad casi matemática y aparato de estilizar en cada mano (secadora izquierda, plancha derecha) comienza a quitar el agua y alisar las hebras, en método preciso para que el cabello tenga una caída recta sin perder el volumen, un trabajo inútil si se ve desde la perspectiva de la exploración espacial o la defensa de los derechos humanos, pero importante en esa su inutilidad: entonces ella aclara en la mente para qué dedicarse a actividades estéticas, quizá para obtener caricias como la de las manos de estilista que con la punta de los dedos roza la frente para acomodar el flequillo y al final, para que el corte creado permanezca, unta en sus manos cera y pasa suavemente las palmas desde la coronilla a las puntas del cabello de la clienta, que nota el perfume cítrico de la sustancia y se levanta para ver, ya con los anteojos puestos, en el espejo el resultado del corte y le dan unas ganas implacables de tomarse una foto, y paga, y sale deseando suerte en las montañas. 📍

Claudia Reina

Nogales, Sonora, 1980

*Astronauta**

(fragmento)

Cuando de chico le preguntaban qué quería ser de grande, siempre contestaba que lo único que deseaba en la vida era ser astronauta. La mayoría de los niños que conocía también querían ser astronautas. Pocos tenían idea de por qué les interesaba esa profesión. Él, por ejemplo, no la tenía. Se imaginaba con su traje blanco y el casco reluciente, flotando en medio de la nada, mirando pasar cometas y estrellas fugaces. A ese deseo se unía otro un poco más complejo. Quería que se le recordara como el primer hombre que había estrechado la mano de un extraterrestre, pero no como el niño de la película *E.T.*, porque ahí absolutamente todo salía bien de una manera en que sería necesario dinamitar diez universos paralelos para lograr que en éste, el suyo, la bicicleta volara a tiempo, el corazón del extraterrestre se iluminara en el momento exacto y la nave espacial de rescate se fuera justo antes de que la policía llegara. Ya desde chico tenía el presentimiento de que no vivía en el mejor de los universos posibles.

Dicen que era un niño simpático y bien portado: se comía todos los vegetales y la última cucharada de sopa, ponía atención en misa y, en general, quería lo que todos quieren y es lo único que mantiene a la civilización andando: casarse, tener hijos, un perro obediente, y, es aquí donde su proyecto de normalidad se torcía un poco, tal vez trabajar en el proyecto espacial de la NASA. En ese entonces su candor le impedía notar que su habilidad con las matemáticas era nula y que por más años que pasaran nunca comprendería conceptos fundamentales de la ciencia. Nada de eso le importaba. Pensaba que llegaría a la oficina de la NASA, vestido con su mejor saco, y diría con una sonrisa: Vengo a ofrecerles mis servicios de astronauta.

Desde que tenía uso de razón, se recordaba a sí mismo pensando en extraterrestres. En caso de que se hubieran enterado sus padres, lo habrían llevado con un psiquiatra, como buenos progenitores modernos. Le habrían andado tanto en el cerebro que al pobre no le habrían quedado ganas de pensar ni de imaginar ni mucho menos de dedicar horas a elucubrar encuentros con habitantes de planetas lejanos. Pero sus padres nunca se enteraron. Ése fue tal vez el evento más importante de su vida.

¿Qué pensaría un extraterrestre si...? Era la pregunta que siempre se hacía desde

* Novela en proceso

Claudia Reina. Estudió Literaturas Hispánicas en la Universidad de Sonora. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del FOECA Sonora. Sus libros *Paranoias* (cuento), *Esto no es una pipa* (novela) y *La luz al final* (teatro) fueron publicados por el Instituto Sonorense de Cultura en 2008. Su novela *La visita del señor Morhl* (2012) fue publicada por el Fondo Editorial Tierra Adentro.

niño. Nunca se le ocurrió que la pregunta pudiera ser otra: ¿Qué pensaría Dios si...? Por ejemplo, veía en las noticias que habían lanzado un ataque químico en alguna ciudad y de inmediato se decía: ¿Qué pensaría un extraterrestre si supiera que un hombre le lanzó gases tóxicos a otro? Obviamente, la humanidad nunca salía bien parada de esas preguntas. En realidad, no se necesitaba ser un alienígena para condenar semejantes acciones. La perspectiva del problema, tal vez, sería lo único que cambiaría. El extraterrestre preguntaría por qué, y el humano respondería, por el petróleo, por rocas valiosas, por trozos de papel. Y el extraterrestre, con la boca abierta, o las bocas, pensaría que estaba hablando con una bestia, como realmente sería.

Hay un breve instante en la vida del ser humano en el que parece que no todo está perdido. El de Miguel fue cuando tuvo la certeza de que llegaría a ser astronauta. Pero creció y, como dicen, nada es más contraproducente para los sueños que crecer, dejó de tomarse en serio el deseo de ser astronauta y se inscribió en la carrera de ingeniería. Aún se resistía a entender que las matemáticas eran una puerta que no traspasaría, ni aunque se esforzara, pero la verdad es que nunca se esforzó. Un día se dio cuenta de que no valía la pena cultivarse, ser alguien, tener una familia, en un mundo que se caía a pedazos. La idea suena trillada. El mundo se ha estado cayendo a pedazos desde hace mucho tiempo. A veces parece que empieza a caerse sólo cuando uno se percata de ello. Uno abre el periódico y cree que por primera vez se roban las elecciones, o que la cabeza de la gente antes acostumbraba pasar más tiempo sobre los hombros de su dueño, o que apenas el calentamiento global empieza a descongelar los glaciares.

En la adolescencia tuvo un amigo, Felipe, que constantemente decía que no quería ser nadie. La mayoría de los amigos de Miguel querían ser médicos, ingenieros, abogados, hombres con los bolsillos repletos de billetes. Felipe no quería ser nadie, ni siquiera barrendero o vendedor de periódicos, actividades para las que no se necesita estudiar, aunque la cuestión no tenía nada que ver con eso. Felipe no quería nada. Con algunos hay que ir hasta el fondo de sus pensamientos. En ese tiempo, a Miguel no se le ocurrió pensar que Felipe pudiera tener una de esas respuestas que muchos



De la serie *Otro distante*, 2013

se esfuerzan por conseguir realizando, por ejemplo, una peregrinación a un templo budista.

Tampoco es que Felipe fuera una especie de iluminado. Más bien parecía una de esas personas que por casualidad atrapan una idea que pasa a toda velocidad por la mente. Esas ideas que son como estrellas fugaces y nada más puede atraparlas una persona entre millones. Ideas tan sencillas que parecen un fraude y sólo cuando uno se hace mayor y ha pasado por toda clase de penurias es que las comprende. En realidad todas las preguntas humanas tienen respuestas sencillas. Pero esto también se comprende un poco tarde.

Desde hacía años, Miguel le había perdido la pista a Felipe. Le habría gustado encontrárselo caminando por la calle, y no importaba que no pudiera hablarle, lo único que quería era verlo y comprobar si Felipe seguía siendo nadie, si había podido llevar su idea hasta el final o había sido doblegado, como todos, por el mundo.

Hay personas con las que nunca se puede tener una conversación seria. Miguel, por ejemplo, se había convertido poco a poco en uno de esos seres, principalmente porque hablar de cosas serias es hablar de cosas que no importan. Si alguien dice: Necesito tratar contigo un asunto urgente, significa que quiere hablar de dinero, de enfermedades o tristezas. Eso a él no le importaba. Unas pocas cosas mantenían su interés. Entre ellas no se contaban el pasado, el presente ni el futuro.

Felipe acostumbraba tener conversaciones que no llevaban a ningún lado, por eso nadie lo tomaba en serio. Una vez Miguel le preguntó si quería ser rico, pensando

que le daría una respuesta predecible. No, dijo con sencillez, como si estuviera rechazando una pastilla de chicle. ¿Seguro que no quieres una montaña de dinero?, insistió Miguel. No, volvió a contestar con esa risita desesperante que tenía y le hacía a uno pensar que estaba hablando con un retrasado mental. ¿Por qué no?, le preguntó atónito. Creyó que le iba a dar una respuesta brillante, propia de los idiotas que han comprendido una verdad que se les niega a los mortales comunes. No sé, dijo. Sólo sé que no me serviría de nada ser rico. En ese entonces le pareció la persona más imbécil del mundo. Diez años después lo comprendió. Le llevó diez años comprender lo que Felipe a los doce ya sabía.

A Miguel le gustaría decir que tuvo un maestro que marcó su existencia, un talento que hacía que se destacara de entre los demás, una historia extraordinaria de su vida, pero no era así. No era especial y por eso no pudo llevar a cabo su viejo sueño de convertirse en astronauta. Se había olvidado de ese tonto sueño que seguramente alguien le había implantado. Tal vez uno de esos programas acerca del espacio que veía en su infancia. La infancia es una etapa muy peligrosa. Todos algunas vez fueron criaturitas impresionables a las que cualquier idea les parecía factible. Bastaba con pasarse las tardes viendo programas de ciencia ficción para crecer siendo una persona con un pie en la tierra y otro en el universo, y no es que ése fuera su único destino, es que se había cruzado en el camino de ciertas ideas, no buenas ni malas, ideas que podían hacerlo, tal vez, un poco más infeliz de lo que habría sido en otras circunstancias.

Nada, sin embargo, es tan grave como parece.

A veces el destino se tuerce. A veces todo sale bien. La vida sigue, a pesar de las bombas atómicas, la inflación, los nuevos virus. La vida no se conmueve ante lo trivial ni lo trágico. Es una de las lecciones del universo.

El tiempo era uno de los temas que le interesaban a Miguel. Todos los días se preguntaba qué podía hacer con la masa de tiempo que se le había asignado al momento de nacer. En su opinión, era demasiado. No le faltaba razón. A lo largo y ancho del espacio se sabe lo peligroso que resulta dejar en manos inexpertas un artefacto delicado. Miguel tenía una vaga conciencia de esto último, pero poseía el suficiente sentido común para querer desembarazarse de él. El problema es que no sabía cómo. Una de las metas de su vida consistía en averiguar qué era el tiempo, para qué servía y qué debía hacer con él.

Miguel andaba por el mundo tomando la parte de oxígeno y de tierra y de alimentos que le correspondía, porque así se lo dictaban sus instintos y no había nada más natural que obedecerlos. Si no comes, te mueres. Si no bebes, te mueres. Si no respiras, te mueres. Le parecía una buena filosofía de vida. Casi tan buena como la de su viejo amigo Felipe.

El fin del mundo era otro de los temas que le interesaban.

En la universidad, se sentó durante dos semestres en un pupitre, esperando, silencioso y atento, eso sí, el fin de la especie humana. Llevaba en orden sus cuadernos, en los que anotaba casi todo lo que salía de la boca de los profesores, tanto si le interesaba como si no, porque esperaba el fin del mundo y daba lo mismo que anota-

ra o no, que aprendiera o no, que escuchara o no, daba lo mismo, pero prefería anotar. Le gustaba pensar que tal vez estaba escribiendo las últimas palabras, que estaba escuchando la última explicación, que estaba sentado en el último pupitre de su vida. Así las cosas parecían tener sentido.

Estaba convencido de que los dioses, o quienes sea que hayan sido los tristes creadores de la especie humana, estaban encabronados por la conducta de los hombres. Así que para él estaba muy claro que el mundo tenía que acabarse pronto y el que se aplicara en la ingeniería no le ayudaría a morir en paz.

Además, por más ingenuo que pareciera al darle crédito a los mayas, seguía latente la profecía en la que estaba escrita una amenaza, o eso era lo que Miguel quería creer. No compró comida enlatada ni le pasó por la cabeza hacer un agujero en la tierra. ¿Qué pensaba exactamente que traería el presagio? No lo sabía. A veces fantaseaba con la idea de que un meteorito iba a esparcir los huesos de la raza humana por el universo. Habría sido agradable. 📍



De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 × 50 cm, 2009-2011

Brenda Lozano

Ciudad de México, 1981

*Cuaderno ideal**

(fragmento)

CAPÍTULO 2

¿C uándo vuelves, Jonás? No sé, respondió esta mañana. Estaba por levantarme de la cama. Me abrazó y, sí, lo hicimos por la mañana. Ni una línea más sin decirlo, voy a decirlo ya: el año pasado tuve un accidente en el que casi me quedo y al poco tiempo descubrí el sexo con Jonás. Quiero decir, el buen sexo. En ese orden.

El sexo y el amor. Ese orden. La muerte de la mamá de Jonás. Mi no muerte. Ese desorden.

Cumplí treinta años. Llegué temprano a un tema, llegué tarde a otro. Y aquí estoy, anotando en este cuadernito palabras grandes como muerte y sexo. ¿Qué le hacemos? Es probable que más adelante entre en detalles. Lo anuncio ahora como lo hace la campana del camión de la basura.

¿Te cuento algo que no te he contado? Mi letra se encoge con el tiempo. Y ahora se encogió el cuaderno. Este cuaderno es más chico que el anterior. Si hay una escala miniatura de los hombres y de los cuadernos, ¿hay una escala miniatura de las historias?

Conocí a Jonás porque es amigo de Tania. Eran amigos cercanos en la preparatoria. Hacía tiempo que no se veían, pero Tania estuvo cerca de él durante la agonía de su madre. Unos días después del velorio, Tania invitó a Jonás a tomar café a su casa. El doctor me había recomendado caminar todas las tardes como parte de la recuperación. Esa tarde soleada, al caminar, pensé que me sentía muy bien, que estaba totalmente recuperada. Decidí comprar nieve de mango y tocar el timbre de mi amiga Tania. Ella, desde el interfón, me invitó a pasar. Esa tarde platicamos los tres. A Jonás le encantó la nieve de mango. Nos mudamos a vivir juntos un mes después.

Nadie sabía si iba a despertar. Yo tampoco lo sabía. Lo primero que escuché al despertar fue a una de las enfermeras cantando una canción de Shakira. Una de

* Fragmento de la novela *Cuaderno ideal*, próxima a publicarse en Alfaguara.

las dos enfermeras que llevaba mi camilla le cantaba a la otra una canción de Shakira. Esto no puede ser la muerte, pensé. Supe que estaba de vuelta. De vuelta a la vida. Estaba de vuelta a la vida y a su magnífica vulgaridad: qué chingón, pensé, aquí estoy. Abrí los ojos.

Hoy caminando por la calle me encontré con la siguiente *post-it*: “Para Marta, una torta de jamón y pollo, sin cebolla. Para Miguel, una de milanesa con todo, sin mayonesa.” Probablemente al hombre que escribió esa *post-it* no le gusta Shakira. Una pena, tan buen recordatorio. Me pregunto qué tipo de música comparto con ese hombre.

Jonás se va pronto a España con su familia, yo me quedo aquí en el departamento. Con nuestro gato negro, nuestro Telémaco.

Dije que descubriré el sexo con Jonás. ¿Tiene que ver con la experiencia por la que pasé, tiene que ver con la suya, tiene que ver con la combinación de ambas? ¿Tiene que ver con perder el miedo a la muerte? ¿Tiene que ver nuestra edad? ¿Con qué tiene que ver el que dos personas decidan experimentar como no lo habían hecho antes?

¿Se le puede perder el miedo a la muerte? Quiero decir, ¿se le puede perder el miedo de raíz?

Esta vez busqué “un cuaderno ideal” en internet. Encontré esta pregunta en un foro: “¿Cómo es tu cuaderno ideal?” Y la respuesta de un adolescente: “Con tapas duras, con divisiones para ocho materias. Incluye lápices de colores, calculadora, goma, sacapuntas, regla, etcétera. Puedes ponerle fotos o dejarle la portada de color azul (como el mar).”

Me gustó tanto ese paréntesis marino que aquí lo traje, como un perro que trae en el hocico la pelota del vecino. Y, dime, ¿no está México en una especie de paréntesis marino?

¿Sabes, Jonás? Me quedé pensando en lo que hablamos la otra noche en la cena. Las frases y su naturaleza animal. Quizás podríamos hacer un zoológico, catalogar las especies de líneas.

Líneas en los muebles. Líneas invisibles. Líneas de las novelas que nos gustan y de las novelas que no nos gustan (jaulas separadas, sí). Líneas azules de los cuadernos escolares. Líneas perpendiculares y paralelas. Líneas, filas, colas (¿te conté que en la fila de un banco una mujer me dijo que sus gemelos vivían cosas parecidas, que

Brenda Lozano. Narradora y ensayista. Estudió Literatura. Ha sido becaria del programa Jóvenes Creadores del FONCA, ha tenido algunas residencias de escritura en el extranjero y ha sido antologada en diversas ocasiones. Edita la sección de narrativa, dedicada a traducir textos de español a inglés, en la revista literaria *MAKE*. *Todo nada* (Tusquets, 2009) es su primera novela; *Cuaderno ideal*, la segunda, pronto saldrá en Alfaguara. Actualmente vive en Nueva York.

mientras uno se pegaba al otro le salía súbitamente un moretón?). Líneas de metro (¿te acuerdas que me contaste en un vagón de metro la vez que de niño intentaste escapar de casa por la ventana del baño?). Línea ecuatorial (no existe este tipo de línea, pero tampoco es invisible, es una categoría extraña, ¿qué hacemos con la línea fantasma?). Línea paterna, línea materna.

Chuy es la mujer que limpia la casa una vez por semana, trabajaba conmigo antes de mudarme con Jonás. Esta tarde me dejó una *post-it* en la mesa: “Nada más para decirle que se le volvió a olvidar comprarme mi cloro. Ya cómpreme mi cloro y mis fibras verdes, no de las amarillas porque ya sabe que esas esponjas no sirven, ésas no me gustan. Gracias.”

Esta mañana leí algo curioso. Desde el taxi leí una frase en la ventana de una tienda esotérica: “El amor hace que lo ideal se vuelva real.” Discuto con esa ventana: el amor no hace que lo ideal se vuelva real, al contrario; la realidad nos orilla a los ideales. No hay reversa ni sentido contrario.

¿Sabes? El gobierno de este país no es ideal. Hoy leí un dato curioso sobre la antigua Grecia: la estatua de Zeus en Olimpia medía doce metros. El faro de Alejandría medía ciento treinta y cuatro metros. Fácilmente un edificio en el DF mide eso o más. Entonces, ¿cuánto debería medir la estatua del presidente que dejó un saldo atroz de muertos en el país?

Llamada de mi amigo Antonio. Me contó que pateó una banqueta hasta lastimarse el pie. Por qué, le pregunté. Porque un coche tapaba la salida del mío afuera del velorio de mi amigo, dijo.

¿Hay noventa mil banquetas para patearlas a lo largo y ancho del país?

Otra cosa me gustaría decirle a la ventana de la tienda esotérica. Me gustaría ser una carta del tarot. Si fuera una carta del tarot me gustaría ser la mujer de los lápices, las plumas y los cuadernos. Ahora que todo se hace en computadora, quizás podría ser una santa. La Santa del Papel. La Virgen de la Papelería. La Madonna del Xerox, me llamarían en algunas oficinas. Alguien me rezaría todas las mañanas antes de ponerse la corbata.

En mi vida de La Santa del Bond, La Virgen de la Papelería, la Madonna del Xerox, un oficinista me diría: usted antes era una persona común y corriente, ¿cómo se transformó? Yo respondería: Mira adentro de tu portafolios, hijo, allí encontrarás el

milagro. Adentro encontraría *Las metamorfosis* de Ovidio. El hombre quedaría desconcertado. Con una voz angelical, con destellos luminosos, me aparecería en su sueño y le diría: Lee el libro, hijo, tú también puedes experimentar una transformación.

¿Por qué la fijación con las metamorfosis? Si no en animal, en otra cosa nos transformamos. Yo creo que por eso, y no antes, Jonás y yo estamos juntos.

No puedo creer que escribí que alguien me rezaría todas las mañanas antes de ponerse la corbata. Pero no lo voy a borrar, me gusta la vida peregrina de la Madonna del Xerox. Sus sandalias. Su vestido blanco. Sus manos juntas. Su piel pálida como el papel. Su blanco silencio.

Hoy se fue Jonás, Marina y su padre se van mañana. Lo fui a dejar al aeropuerto. Hoy no escribí nada. Ahora que saqué la pluma de mi bolsa encontré varios tickets. Los acomodé cronológicamente en la mesa. La narrativa de mi día en tickets.

Hoy no leí nada. Y esto, en todo el día, es todo lo que he escrito.

Tercera noche sin Jonás. Tengo sueño. Estoy acostada. El gato juega en la sala con el lápiz que se me cayó; yo tengo cada vez más sueño. El gato y yo somos como los dos turnos en la recepción de una oficina: alguno de los dos atiende el mostrador. No sé, desde luego, qué quiere decir eso, pero es el tipo de cosas que escribo como jugando con este lápiz. Escribir es mi forma de ser gato y de tirar pelos, o frases, en el sillón.

Antes de dormir pienso que no estaría mal un monumento al enano. Sería buen recordatorio de los que viven a otra escala de la vida. ¿Debería incluirme? Aunque voy a una oficina, ¿escribir y leer tienen otra escala con relación a la llamada vida productiva?

Me pregunto cómo vive alguien que no ha estado, que no conoce, que no se imagina su propio fondo. Ese fondo al que se llega únicamente por medio del dolor.

Hace poco escuché a un escritor hablando de la muerte en una entrevista. Fumaba, se reía socarronamente, sostenía una copa de vino tinto. Dijo muy sonriente al entrevistador con los labios algo morados: “La historia trata sobre la muerte en todos los aspectos y, caray, ¡escribir esta novela me está matando!” Hizo con la boca la forma de un huevo al pronunciar la última vocal. No le creí. Ese escritor tiene cara de que lo peor que le ha pasado en sus treinta y tantos años —aparte de un condón roto una de las tantas veces que quizás le ha sido infiel a su esposa— es haber perdido un vuelo.

¿Y si hacemos el monumento al escritor becado?



De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 x 50 cm, 2009-2011

Santo Niño de las Becas, mira esa hermosa procesión de Jóvenes Creadores que te llevan cargando en el nicho. Tantos jóvenes, tantas flores, tantos colores. La banda del pueblo toca las primeras notas basadas en uno de sus proyectos.

Te extraño, Jonás. Ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero me encanta cómo hueles, me gusta cómo sabes. Te extraño tanto.

No dije que le regalé a Jonás un cuaderno igual a éste para que tuviera un gemelo. Un cuaderno en el DF, otro en Madrid. Como los gemelos de Siracusa. Un cuaderno Ideal que compré para Jonás, iguales como dos gotas de agua, un gemelo que no conoce las andanzas del otro. Quizás si el mío se cae el otro se mancha súbitamente.

Me estoy durmiendo. Estoy acostada en la cama. Estoy más allá que acá. Estoy un poco incómoda, deja quito esta almohada. ¿Sabes? Si la doblo puedo acomodarme mejor. ¿Por qué escribo eso? Porque eso, doblar una almohada para acomodarme, es parte de la espera.📍

Úrsula Fuentesberain

Celaya, Guanajuato, 1982

Sirenas para Embelesados*

1
Los Embelesados —hombres jóvenes y pudientes, cansados del sexo, el vino y demás estimulantes para arrobar sus sentidos— financiaron los primeros criaderos de sirenas en lo que antes habían sido granjas de pollos. Se dejaron los techos de lámina y las bandas de producción en serie. Los cambios fundamentales consistieron en sustituir los miles de focos por peceras y los delantales de plástico por tapones para los oídos.

2
 Los Embelesados se pasean con Sirenas Chihuahua por todas partes. Las transportan en bolsos-pecera que combinan con los sacos de terciopelo que les gusta ponerse. Los cantos de las Chihuahuas son inofensivos, pero no por eso menos exasperantes. Sin embargo, los Embelesados nunca se inmutan ante las miradas de descontento de la gente, sino que se limitan a abrir su bolso-pecera y a decirle a su sirena con voz melosa: “¿Qué pasó, mi preciosura? Aquí está papi, aquí está papi”, a lo que la Chihuahua responde con más notas desafinadas y ondulaciones lascivas.

3

La Sirena Alfa fue creada por genetistas de varias partes del mundo y es la más hermosa de todas. Se diseñó usando las medidas de una supermodelo brasileña y los colores de los jarrones de cristal de Murano. Meter a dos Sirenas Alfa en el mismo tanque tiene resultados funestos: en minutos se descuartizan una a la otra. Su sangre es tan bella y tornasolada que los Embelesados más excéntricos pagan enormes cantidades de dinero para asistir a peleas clandestinas entre Alfas.

4

Las Sirenas Bonsái son criadas con tecnología hidropónica. Sus dueños, los Embelesados con inclinaciones zen, les despuntan el cabello todos los días con tijeras pequeñísimas y les cepillan suavemente sus colas enraizadas en peceras-maceta para quitarles las escamas muertas.

5

Aunque lo nieguen a las autoridades, es bien sabido que los criaderos ofrecen un tipo de sirena especialmente manufacturada para el turismo sexual. Es por eso que los criaderos reciben cartas donde los Embelesados solicitan Sirenas Anguila Eléctrica para los resorts de Bali o Sirenas Virgen Inmaculada para los de Punta Cana.

* Publicado en *Esa membrana finísima*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2014.

Úrsula Fuentesberain. Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana y Escritura Creativa en el Claustro de Sor Juana. Su primer libro de cuentos es *Esa membrana finísima* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2014). Ha sido antologada en *Yo es otr@. Cuentos narrados desde otro sexo* (Cal y Arena, 2010), *El libro de los seres no imaginarios. Minibichario* (Ficticia, 2012), *Antología Jóvenes Creadores 2011-2012* (FONCA, 2012), *Alebrije de palabras. Escritores mexicanos en breve* (Benemérita Universidad de Puebla, 2013) e *Imágenes/Destinos. Muestra de literatura joven de México* (Ediciones Sin Nombre/f,l,m., 2013), así como en las revistas *Punto de partida*, *Replicante*, *El Perro* y *Casa del Tiempo*. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (2010-2011) y del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2011-2012). Actualmente, con el apoyo de la beca Fulbright-García Robles, cursa la maestría en Escritura Creativa en Sarah Lawrence College. Vive en Nueva York.

6

En la División de Sirenas Comestibles, los ingenieros en tecnología de alimentos diseñaron una sirena con sabor a salmón ahumado de la cintura para abajo y a bagel con queso crema y alcaparras de la cintura para arriba.

7

Nadar en un tanque con Sirenas Tiburón es lo último en deportes extremos para Embelesados. No hay nada como la descarga de adrenalina que produce besar una boca que cuenta con dos hileras de afiladísimos dientes.

8

Los Embelesados han publicado varios *best-sellers* sobre ellas. Circulan decenas de libros sobre sirenas adolescentes que se convierten en vampiros y sirenas que aprenden magia en internados al fondo del mar.

9

Cansados de las sirenas producidas en serie, los Embelesados con conocimientos de biología y mitología empezaron a fabricar sirenas caseras. Las primeras eran de tan mala calidad que las donaron al Sea World de San Diego. Hoy, los manatíes cantantes son la sensación de ese parque acuático.

10

Ahora que la producción de sirenas artesanales se extendió entre los Embelesados, se organizan catas donde se premia a las sirenas por su cuerpo, aroma, espuma, color y percepción en boca.

11

Las sirenas se volvieron aspiracionales. Oficinistas de medio pelo se endeudan hasta los codos para comprar su sirena. Incluso hay quienes compran sirenas falsas por internet. De ahí que ahora la última moda entre los Embelesados sea traer sirenas con enormes logotipos de diseñador.

12

La sirenificación resultó una moda funesta. La amputación de piernas y el implante de colas de silicón era lo más sencillo del procedimiento. El problema estribaba en las cuerdas vocales: se probaron implantes metálicos e injertos de tejido de ballena sin éxito. Todas las que intentaron sirenificarse quedaron mudas o se desangraron en el quirófano.

13

Las autoridades aprehendieron a Elías Sampedro, conocido como “El Doctor Moreau”. Sampedro, uno de los fundadores del Embelesamiento, está acusado del asesinato de veintisiete delfines. Una fuente que pidió permanecer anónima declaró que uno de los delfines vive y que tiene un hermosísimo rostro de mujer. 

Gabriela Torres Olivares

Monterrey, Nuevo León, 1982

Complot de pájaros (o un óleo de la dermatomycosis)*

Eran mañanas sencillas las de los noventa. El despertar con el lenguaje amontonado en el paladar, las pestañas tatemadas de luz y el hígado aspirando lo salino de la brisa. No había un mundo que buscara el final de cada cosa; todo era presente y para el momento vivíamos. Aunque la incertidumbre se cuajara en la garganta y la memoria un recuerdo de mi padre en vacaciones: con el cabello del color de la cerveza láger. Lo de rutina era buscar la alquimia en el cromático fondo de una botella de vidrio, culminando siempre en un sublime fracaso. El cerebro hervido de los días y la pintura con que traducía lo que el mundo era para mí. No había más que aletargar el sonido de las palabras y su escurrir por las comisuras. Una ciudad de un país de un continente distinto, en un planeta que seguiría siendo el mismo. Igual daba caminar estas calles que las de París. (Igual la gravedad y la velocidad con que los cuerpos son imantados al piso.)

Toda cuestión comienza con la sospecha. Y mi *modus* no sería diferente. Empecé a sospechar de todo y de todos. Había una necesidad que otrora fue un placer: sentarme a las afueras de una cantina para ver a los pájaros pelear y deglutir las migas de fritangas que los meseros lanzaban de los platitos que se disponen al centro de las mesas. Al principio fue la diletante melodía de

sus trinares, acompasados por el ritual de los alimentos: un canto, la danza. Plumas y picos sincronizados a detalle, la vida ocurriendo de otra manera: un *close up* sobre lo indiferente. Así comencé a notarlos. Luego fue la ausencia de una pata, la alita trozada por la mitad y, posteriormente, el desmembramiento poco a poco, casi inadvertido. Y entonces, días, semanas después, un torso emplumado se aferraba hasta llegar al feto de cacahuete que los demás ignoraban. Los pájaros de la plaza principal, delineada por bares, restaurantes, cafés y vendedores ambulantes, estaban siendo mutilados por sabe qué extraña cosa.

Me gustaba tomar banderitas de tequila al mediodía y un consomé de camarón, cortesía de la casa. Elegía siempre la misma mesa en una esquina transitada, entre el baño y la rockola para no atravesar el lugar al poner una canción o ir a orinar, pues la cantina, pese a la hora, estaba siempre repleta de parroquianos o turistas curiosos que terminaban uniéndose al festejo de lo que para nosotros era la monotonía. Apenas el crepúsculo y los tacos de cualquier esquina mermaban el alcohol o engañaban a la tripa con un simulacro de cena. Un cronograma del olvido ocurría todos los días de la semana, mientras el mundo caminaba de regreso a casa con la mirada y los tupperwares vacíos en igual medida. Alguna vez le llegué a contar al bartender mis sospechas en la observación de las aves de la plaza, tras tantos años, teníamos la confianza de intercambiar algunas charlas de vez en cuando. Me miró con ternura, alzó los hombros y soltó un *así es la vida*. Luego intuí que claramente para ellos no era yo una intelectual artista, sensible ante los detalles del mundo, sino la francesa loca y alcohólica

* Óleo sobre masonite. Un ave desplumada y rosa, en silla de ruedas (perpetuo el aterrizaje) triunfa sobre la evolución por selección natural.

que iba diariamente en busca de amnesia a granel. Concluí, por el bien de la relación, no volver a contarle de mis estudios empíricos. Ni a él ni a ninguno de los compañeros parroquianos con los que siempre hablaba de otras cosas.

Comencé a marcarlas después del incidente del torso emplumado. Desde niña había tenido una especial relación con las aves, una suerte de imán para atraerlas sin que se espantaran; algunas hasta me dejaban tomarlas entre las manos y el resto simplemente me utilizaba como fuente de comida, desde su lejana individualidad. Así que atraía con sobornos de migajas a las

que veía deformes o mutiladas, utilizaba una tinta que yo misma inventé a base de azafrán y betabel y cargaba conmigo desde que pensé en la mejor manera de distinguirlas. De antemano supe que el color se desvanecería, pero me daba el tiempo suficiente, al menos días, para llevar a cabo la investigación. Luego creé un método: entintar de nuevo a las que reconocía con la mancha ya pálida. Y funcionó, pues así logré corroborar lo que hasta entonces era pura intuición. En efecto, las aves estaban siendo víctimas de algo que las desmembraba. Un gorriocillo fue el primero; era uno de esos a los que comúnmente se les llama pájaros

De la serie *Otro distante*, 2013



De la serie *Neblina (a)*, fotografía digital, 60 × 40 cm, 2013



chileros. Una de sus alas presentaba un necrosamiento en la punta que, tras el paso de los días y la observación, fue apoderándose del resto del ala, suscitando la calvicie y la muerte de la piel: comenzaba a vérsese el huesito puntiagudo ennegrecido y el resto de la carne que, aunque viva, parecía estar secándose con un destino acelerado. Las palomas, que eran mayoría en la plaza, sufrían de este mismo necrosamiento pero en las patas. De pronto se les veía saltando en un par de muñones que a la semana casi tocaban el piso y, más que deslizarlas, las ayudaban a mantener el balance sobre el concreto. Las menos afortunadas ya sólo tenían un muñón y éstas permanecían lejanas de las demás, aunque una que otra se atrevía al aterrizaje cuando los montones de frituras eran arrojados.

Un buen día me aposté en la puerta de la veterinaria de un amigo. Para mi suerte, desde que llegué al país, años atrás, hice toda clase de amistades, no sólo el riguroso contacto con los artistas de la localidad. Mi círculo de amigos no tenía restricciones; era amiga tanto del zapatero como de la tarotista, el vendedor de cigarros, el dependiente de la farmacia, las prostitutas, los pescadores, los traficantes de droga y de ropa, el globero, el herrero, la señora de los tacos, mis vecinas que trabajaban todas en la maquila y éste, mi amigo el veterinario. No le mencioné de mis investigaciones ornitológicas, simplemente me presenté ahí como a cualquier consulta de mi perro, pero sin el perro. Se sorprendió de verme tan de mañana y sobria, silenciosa, esperándolo a que abriera. Probablemente pensó que algo terrible había ocurrido con Gérôme (mi perro) cuando me vio. Pero luego le dije que una amiga tenía unos pájaros tales que estaban siendo víctimas de una extraña enfermedad y que se les caía el plumaje y algunos hasta tenían partes necrosadas en sus extremidades. Dijo que la dermatomicosis era algo común, que era provocada por un hongo que atacaba a los animales (incluidos los humanos); que si era genético, la posibilidad de que todas las demás estuvieran contagiadas era absoluta, y si por infección, el riesgo era casi igual de alto por la convivencia entre ellas. Y como también atacaba a los humanos, lo más probable era que *mi amiga* sufriera algún tipo de contagio. Luego apuntó en un papel el nombre de un ungüento tópico

Gabriela Torres Olivares. Ha publicado los libros de cuentos *Están muertos* (Harakiri, 2004), *Incompletario* (Ediciones Intempestivas, 2007) y *Enfermario* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2010).

para *mi amiga*, pero no para los pájaros. Sobre la mutilación sólo dijo que eran desórdenes articulares o accidentes que se debían a las condiciones del vuelo en cautiverio. Se despidió aconsejándome que no me acercara mucho a las aves porque podía infectarme de *tiña*. Sin ser experta, era muy obvio que estas aves no padecían de dermatomicosis. La caída de las plumas no se debía a un hongo, se desprendían cuando la piel no soportaba el peso sobre los poros muertos. Mi visita no sirvió de mucho pues inmediatamente fui a la cantina de la plaza a continuar con mis investigaciones, aunque aprendí la palabra dermatomicosis, que luego utilizaría para título de un cuadro.

Ese mismo día presencié una de las escenas más terribles. A primera vista, un pájaro chilero que, posado sobre el remate de la columna de un restaurante, parecía acicalarse toscamente; a detalle, el pájaro abría y cerraba el pico para cortar de raíz su pata; estrujaba su propia piel y el hueso, con la apariencia de una simple ramita aguada, se lo impedía. Levantaba la cabeza con la fuerza que un pajarito de su tamaño puede tener y hacía una tensión insensible como si la pata se tratara de un objeto ajeno a su cuerpo. Tras unos minutos de lucha, la parte inferior del pico cedió antes que la pata. Rebotó en la banquetta y el animalito asustado, quizá adolorido, voló hacia ninguna parte con el colgante de extremidad. Y yo me quedé congelada, intentando adivinar su aterrizaje pero lo perdí de vista. A lo lejos distinguí el pedazo de pico abandonado, susceptible al olvido, a ser confundido con otra cosa y sólo eso me volvió a la realidad de ir a recogerlo. Lo guardé aún tibio en la bolsa de mi pantalón.

La escena se repetía en mi cabeza frente a una intacta banderita de tequila. El jaloneo y luego el pico y su rebote; de nuevo el jaloneo: el pico y su rebote, y así sucesivamente. Apunté en mi libreta de bosquejos una nueva hipótesis: todas las posibles causas de desmembramiento. No estaban siendo víctimas de los experimentos de algún laboratorio, tampoco eran sobrevivientes de peleas entre pájaros o de la crueldad de las pandillas en la plaza, ni de brujos que utilizaran las partes de sus cuerpecitos para algún hechizo: no. Aunque todas estas siniestras posibilidades fueron lo primero que imaginé cuando comencé a observarlos, la automutilación era lo último que pensaría y sin embargo. Salí de la cantina después de beberme la única banderita que pedí, no podía con la incertidumbre mientras la rockola tocaba las mismas canciones de siempre y los mismos rostros me dirigían las mismas sonrisas pausadas por el alcohol. Y así fue que rompí mi voto de silencio sobre el tema. Decidí hacer algunas preguntas a la gente que diariamente se instalaba en distintos puntos de la plaza. La señora de los chicles, el mesero del café, el que acomodaba los carros, la vendedora de recuerditos que emulaban la ciudad, los pandilleros, los vagos, el *dealer*: ¿qué crees que está ocurriendo con los pájaros y por qué? Todos respondieron distintas cosas; sin embargo, la sabiduría de una mujer en silla de ruedas que siempre estaba pidiendo limosna afuera de un motel fue la más convincente. Ella misma había perdido las piernas a causa de la diabetes. Y con esa tesis me encaminé fuera de la plaza, pensando en pájaros diabéticos que todos los días se alimentan de pan y frituras con sal: en la praxis de la naturaleza y la crueldad de la cultura: en la vida.

Dejé de frecuentar la cantina por un tiempo. Me embriagaba en lugares alternos a la plaza pero los pájaros me seguían junto con sus problemas. O el problema era yo que parecía ser la única que los notaba. A donde fuera, algún tipo de ave coreografiaba su enfermedad frente a mí. Y yo la veía de soslayo, intentando recordar que nada podía hacer al respecto. Comenzaron los sueños y pesadillas que implicaban pájaros. Despertaba y el chirriar de las aves parecía haber aumentado su espectro a escala del mundo, las escuchaba aunque estuvieran a cierta distancia, invisibles. Adivinaba el color y el tamaño en el canto, estaban en todas partes. Y sólo entonces caí en cuenta de que los pájaros se habían vuelto en mi contra. Una suerte de complot aviar por haber desistido de ayudarlos. Primero, el sonido que fue aumentando de volumen con el paso de los días. Después, la creciente papada que adquirió la forma de un pellejo colgante bajo el mentón; los dientes y colmillos se fueron aflojando (había perdido algunas muelas años atrás) hasta caer uno a uno ante la solidez de la comida. Siempre tuve el labio superior más largo que el inferior, pero la falta de los dientes acrecentó esta diferencia y más parecía un pico de carne que una boca. Las manos se adelgazaron, pero no la piel, que se volvió dura y de una textura rasposa; al mismo tiempo, las cutículas fueron ganando terreno en las falanges y mis uñas empezaron a tener la apariencia de unas garras. Los músculos comenzaron a dolerme, tanto que el peso de la espalda era insoportable para la cadera, así la espina se fue arqueando, pero nunca me salieron alas.

Los noventa terminaron con sus mañanas sencillas y la gente se preocupaba por el fin del mundo. Para mí, el fin del mundo fue el apocalipsis de una pierna que día a día vi pudrirse en todas las tonalidades del negro. Extinción sigilosa de mi carne, inepta a la eternidad. Piadosa retinopatía que vino para suplantar la ausencia (ilógica presencia del alvéolo). Acostumbrarse a las mañanas más complejas. A coexistir en el trino. Artificiar el futuro con medicamento, medir su contagio de finitud. El diagnóstico nunca me satisfizo. Yo sé, siempre he sabido, que padezco de aves. Y aunque las escucho, no he vuelto a verlas. 

De la serie *Otro distante*, 2013



Laura Zúñiga Orta

Toluca, Estado de México, 1982



Demasiado viejo

Ha manoseado el mismo botón durante horas. Su dedo anular conoce, porque lo ha repasado mil veces, el contorno mellado, cierto hundimiento en el centro, la textura del hilo, la dureza del plástico. Es un botón como cualquier otro, intenta razonar Francisco Alegría.

Con dificultad se incorpora. Mira de reojo las marcas que su cuerpo ha dejado en el sillón. Trata de sonreír, aunque ya no sabe cómo. Tremenda paradoja para alguien con su apellido. Recorre la habitación de izquierda a derecha, como animal en cautiverio. Se detiene frente a la ventana. Mira con añoranza El Afuera. Lo acaricia. Lo sabe, como siempre, dolorosamente ajeno.

Vuelve al sillón. Se sienta y rasca su cabeza con impaciencia. Se despeina. Descubre que puede despeinarse. Lamenta ya no tener el coraje para dejar crecer su cabello. ¿Por qué los padres se mueren cuando uno es demasiado viejo para hacer su vida? Se sorprende, él, Francisco Alegría, pensando en su padre. Se sabe observado. Baja la mirada y vuelve a poner el dedo sobre el botón. No quiere mirar más allá: hacia la cama donde está acostado el otro Francisco Alegría. Muerto, como debió haberlo estado desde hace años.

A Francisco Alegría no le gusta pensar en su padre, pero a veces no puede evitarlo y recuerda a ese señor. Recuerda, en particular, su mirada furiosa. Los ojos de ese hombre ardían como la brasa. No tenían consuelo. Eran los ojos de un gato furioso, presto al ataque. Bestia enjaulada que metió en su cárcel a todos

Laura Zúñiga Orta. Narradora y correctora de estilo editorial. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Toluca, y maestra en Humanidades: Estudios Literarios, por la Universidad Autónoma del Estado de México. En 2005 ganó la Beca de Invierno para Narrativa concedida por el Centro Toluqueño de Escritores, A.C., con la que escribió *No tiene nombre el paraíso*, novela editada por el CTE en 2007 y reeditada en 2008 por la Secretaría de Educación Pública. Recibió el Premio Estatal de la Juventud 2010 y fue becaria del programa Jóvenes Creadores del FOCAEM en 2013. Está antologada en *Romper el hielo. Novísimas escrituras al pie de un volcán* (Bonobos-ITESM, 2006) y compiló *La ciudad es nuestra* (Los400/Ayuntamiento de Toluca, 2012), edición conmemorativa del I Encuentro de Poetas y Escritores del Nevado “Toluca Bicentenario”.

los que amaba. Los ojos de su padre abrasaban la ternura. Hacían arder el amor como la llama al pabilo. Verlos dolía tanto como ver caer los truenos en el valle una noche de tormenta.

Por eso maldijo en silencio a su tía, esa anciana calva y torpe, cuando le pidió, ella, tan fresca la vieja, entrar a la alcoba, lavar el cadáver, vestirlo y cerrarle los ojos.

—Tu padre lo hizo con su padre y éste con el suyo. Ahora te toca a ti. Ciérrale los ojos, sobrino. Que su alma no se quede para siempre abierta como una ventana.

Y Francisco Alegría lo hizo. Encontró a su padre envuelto aún en las cobijas, con los ojos abiertos, mirando a la muerte. Con la boca atravesada por un grito. Lo sacó de la cama. Lo desnudó. Dudó entre llevarlo a la bañera o simplemente frotarlo con una toalla húmeda. “No seas imbécil, carajo. Ni se te ocurra meterme a la tina. Y mírame a los ojos cuando te estoy hablando.” Francisco Alegría tomó aire. Decidió no lavar el cuerpo, pero rellenó uno por uno todos sus orificios con algodón. Le puso un traje negro. “Esa corbata no. Póñeme la otra, la roja que me regaló tu madre. ¿Qué, no me estás oyendo?” Lo acomodó en un rincón, con el rostro vuelto hacia la pared. Tendió la cama. “Hace frío. Levántame. ¿Eres tarado o qué? Aquí se hace lo que yo digo. Levántame.”

Francisco Alegría se encerró en el baño a vomitar. Se lavó la cara. Se enjuagó la boca. Se lavó las manos hasta que se acabó el jabón. Regresó con su padre. Le dio una patada en las costillas. Dos. Tres. Pero la rabia seguía con vida. Descubrió que ya tampoco sabía llorar. Estaba seco. Le quedaba sólo el recuerdo de la noria. Tocaron la puerta. Maldita vieja.

—En media hora llegan los de la funeraria, sobrino.

Levantó el cadáver y lo devolvió a la cama. “Mírame cuando te estoy hablando.” Cuando logró controlar el asco le cerró la boca. Pero no pudo con los ojos. Ni muerto puedo soportarte la mirada, pensó.

Esos ojos eran la mejor arma del padre. Sabían hacer daño. Herían sin pestañear. Apuñalaban. Eran capaces de matar. Habían matado. Él, Francisco Alegría, lo sabía mejor que nadie.

Se sienta de nuevo en el sillón. Regresa al botón de su camisa blanca. A la añoranza de El Afuera, ese país que desde la infancia le estuvo vedado. “Aquí se hace lo que yo digo.” Quiere fumar. Busca la cajetilla en el bolsillo de su saco. “¿Vas a fumar delante de mí?” Pone un cigarro entre sus labios. Con las manos temblorosas prende un cerillo. Le da una fumada. Inhala el humo. Exhala. Llena la habitación con el humo del tabaco. “¿Vas a fumar delante de mí?” Abre la ventana y avienta el cigarro. ¿Por qué los padres se mueren cuando uno es demasiado viejo para hacer su vida?

Tocan la puerta. Abre. Ahí está el ataúd enorme, definitivo, de roble. Dos empleados de la funeraria, sin saludar, empiezan a hacer su trabajo. Es muy simple: cargan el cuerpo y lo colocan dentro de la caja. Con cuidado, como si fuera un tesoro.

—Hay que cerrarle los ojos, joven.

—No, así se queda. Fue su última voluntad —él, Francisco Alegría, dice. Descubre que puede decidir. Escucha el martillo. “Mírame cuando...” Que se lleven tus ojos la imagen del silencio. Que se vayan pudriendo en la oscuridad, lentamente, como tu recuerdo, padre; como tú, recuerdo. ♀

Las texturas del mundo

Después supe que ya no pintaba, que tiró sus lienzos, olvidó su nombre, se entregó a la calle y dejó de ser, de un día para otro, el talentoso artista, el pintor de versos, el coleccionista de colores de quien me enamoré. Cuando lo volví a ver, sentado como está ahora en la escalinata de la catedral, no encontré en sus ojos ni una brizna de razón, y nada quedaba en él, tampoco, de su rabiosa juventud, de sus bravatas, de la inagotable paciencia con la que me conquistó.

Estuvimos juntos alrededor de tres años. Al principio yo estaba jugando, no sé si me entiendes. Con cualquier pretexto le hacía una rabieta, me escapaba de él encerrándome en la oficina o en casa de mi hermana, apagaba el celular para que no pudiera llamarme, inventaba juntas de última hora, cenas familiares, reuniones con los amigos. Era capaz de no tocarlo durante semanas y mirarlo apenas, como si no lo conociera, cuando aparecía de improvviso en el museo, amenazando con hacer un escándalo. Me divertía saberlo desesperado, me halagaba que un hombre joven me persiguiera como un adolescente; pero no me importaba en lo absoluto: era uno más de los muchos que entraban en mi vida para convertirse en sombras.

Se lo advertí, te lo juro. Le dije bien claro que sólo podríamos vernos una vez a la semana durante no más de un año, pues antes de ese lapso terminaría por aburrirme. Le expliqué, sin omitir ejemplos, que todos los hombres, pasado un tiempo, me resultaban insípidos, como la rutina; que no podía ni quería echarme encima otro compromiso, y tampoco estaba dispuesta a perder mi estabilidad ni mi reputación. Le pregunté si lo entendía. Él sonrió; yo me sentí como una dama decimonónica. Su sonrisa desapareció cuando agregué que únicamente podría tomar mi cuerpo. Se levantó de la cama y anduvo desnudo de un lado a otro. Estábamos en su estudio. Regresó con un pincel manchado de rojo y dibujó un corazón sobre mi seno. Solté una carcajada por su cursilería, pero estuve a punto de echarme a llorar cuando contestó, entre susurros, que sí, que lo entendía, que mi problema era simple: nadie me había amado nunca.

Me vestí y salí corriendo. En casa, mientras me bañaba

y repasaba con un dedo la mancha roja que lloraba, como sangre, sobre mi seno, me sentí patética. Recordé que alguna vez, un par de amigas me contaron, con lujo de detalles, las grandes cosas que habían hecho sus grandes hombres para sostener su gran amor. Así, todo en grande, aunque te dé risa. Ellas hablaron; yo bebí café. Serenatas, rosas, cartas, conversaciones telefónicas interminables, viajes en globo aerostático, persecuciones y hasta largas esperas frente a la ventana. Cuando por fin callaron, voltearon a verme esperando un apasionado relato. Apenas logré decirles que a mí nadie me había amado tanto.

Terminé de bañarme jurando no volver a verlo. Sentí que lo odiaba. Esa noche lo soñé muerto, botado en la carretera con el vientre desgarrado. Fue una escena ridícula, en blanco y negro, como si todos los colores y las texturas del mundo también hubieran muerto. No sé si me entiendes: como si la vida misma se hubiera ido con él. Yo sabía que estaba enamorado de mí. Se le notaba en los ojos, en cómo su mirada resbalaba por mis caderas y languidecía justo al llegar a mis pies, en sus carcajadas francas después de hacerme el amor, en su empeño por recorrer esta ciudad azul, de tan triste, buscando los ocreos de la felicidad para regalármelos. Pero hasta ese sueño ignoraba que yo también lo amaba.

No pude seguir durmiendo. Me levanté de la cama, preparé café, decidí negarlo todo. La verdad es que estaba aterrorizada. En cuanto amaneció me fui al museo, cerré la puerta de mi oficina, pedí que no me pasaran llamadas y apagué el celular. Sentí su cuerpo deambular por mi cabeza, hacerla su territorio, pintarla a su antojo. El amor siempre me había parecido un inmenso campo de batalla colmado de lágrimas. Se lucha y se muere en la oscuridad. Los amantes se destruyen uno al otro. Yo no tenía ganas de pelear: lo dejaría solo entre los despojos.

A propósito salí muy tarde de trabajar. Mientras caminaba hacia el estacionamiento me felicité por haber persistido en la indiferencia. Al llegar al auto encontré una nota pegada en el retrovisor: “te espero en la esquina blanca de esta ciudad azul”. Nadie sino él podía escribir una cosa así. Sin pensarlo siquiera comencé a manejar. Iba sonriendo. Desde tu silla se ve esa esquina,



De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 x 50 cm, 2009-2011

a unos cuantos metros de la catedral. Él decía que era blanca porque alguna vez vio una fotografía de la gran nevada, la única que se conoció en este lugar. En esa esquina había caído toda la nieve, decía; en esa esquina me besó sin que me importara la gente.

No me atreví a contarle mi sueño, pero él supo que

algo había cambiado y se dedicó a disfrutarlo conmigo. Fuimos asquerosamente cursis, dirías tú. Recorrimos juntos esta ciudad, siguiéndonos de cerca en las avenidas transitadas, cada uno en su carro; caminando de la mano en los callejones y la periferia, donde nadie me conocía. No dejamos sin pisar ningún rincón. En un par

de ocasiones, ahogando la risa, nos metimos a una iglesia cerca de su casa y nos prometimos la eternidad, aunque Dios no estaba en nuestros pensamientos. Fuimos blasfemos e indecentes. Aceptamos el combate y la luz de su cuerpo era suficiente para evadir el terror. Fuimos felices.

Con él aprendí que los colores sirven para pronunciar el dolor sin palabras, y que en estos muros grises hay mucho de azul, pero también hay rojos, anaranjados y amarillos, como si la esperanza aún fuera posible. Cuando caminábamos, en silencio, solía detenerse para hacerme tocar algo fuera de lo común. Tomaba mi mano y repasaba puertas, ventanas, paredes, árboles, bolsas de basura. Tenía una infinita capacidad para encontrar belleza en un muladar, para encerrarla entre sus dedos y entregármela como ofrenda. Yo cerraba los ojos y él hablaba. Me decía el amor de una y mil formas. Y qué mejor que creer mientras se toca. Hoy me sé de memoria las texturas, los matices y hasta los olores de estas calles malditas. Me persiguen incluso si estoy lejos, del otro lado del mundo, en una ciudad desconocida.

Nunca entendí un demonio de su teoría del color, pero me encantaba escucharlo mientras recorría mi piel con sus pinceles recién lavados. Me llené de sus palabras como antes de sus besos. Tú me dijiste que para destruir a alguien había que meterse en su cabeza. Tenías razón. Él se metió en la mía sin que yo me diera cuenta, a base de detalles sostenidos. Todos los días, a la misma hora, una llamada, una nota, una piedra recogida en un parque, una fotografía insólita y reciente, un dibujo en mi vientre. Todos los días, a la misma hora, y, sin embargo, diferente, por completo ajeno a la vulga-

ridad de lo cotidiano, no sé si me entiendes. No, no creo que lo entiendas: tú jamás amaste así.

Empecé a quererlo sin el cuerpo, a extrañarlo por las noches, a sufrir su ausencia los fines de semana. No sé cómo no te diste cuenta de que lo buscaba, contigo a mi lado, en todas las grietas de las paredes grises de esta ciudad azul. Miento: quizá sí lo notaste y por eso me fui retirando, no de ti, sino de él. Quizá, en realidad, sólo pasó lo que tenía que pasar: el amor tiene fecha de caducidad y hasta las historias más sinceras se van al diablo. En la oscuridad del campo de batalla su cuerpo era una tea, pero yo no ignoraba que su mano era una vasija con agua.

Las peleas se sucedieron una tras otra. Los amantes nuevos, también. Me acosté con cuantos pude, en el entendido de que debía arrojar por el cuerpo lo que por el cuerpo había entrado; me llené de trabajo en un intento desesperado por contaminar mi cabeza. Habría sido más sencillo, más civilizado, que él aceptara la ruptura, pero se negó a liberarme, argumentando que lo mío no era falta de amor, sino puro terror. Criticó mi frialdad y mi deseo de una vida tranquila, casi anodina. Después de unas semanas dejó el ruego y cayó en la amenaza. Prometió exhibirme en el museo, desnuda en uno de sus lienzos. También dijo que te mataría y luego se volvería loco. Sólo cumplió con lo segundo.

Me mantuve inflexible, ciega y sorda. En silencio, imitando su paciencia, destruí todas sus creaciones. Manché de negro la esquina blanca. Me reí, en su propia cara, de la ciudad azul y del cielo amarillo de la felicidad. Lo humillé, lo destrocé. Puse tierra de por medio y me fui contigo de viaje. Es curioso, pero siempre que

recuerdo esos momentos me descubro disfrutando la destrucción. El abandono carece de color. Lo único que puedo decir a mi favor es que jamás creí en su promesa de volverse loco. Lo dijo tantas veces que terminé por asumir que sólo era uno de los muchos juramentos que se hacen los enamorados, una de tantas mentiras que nos mantienen a flote a los seres humanos, y al amor.

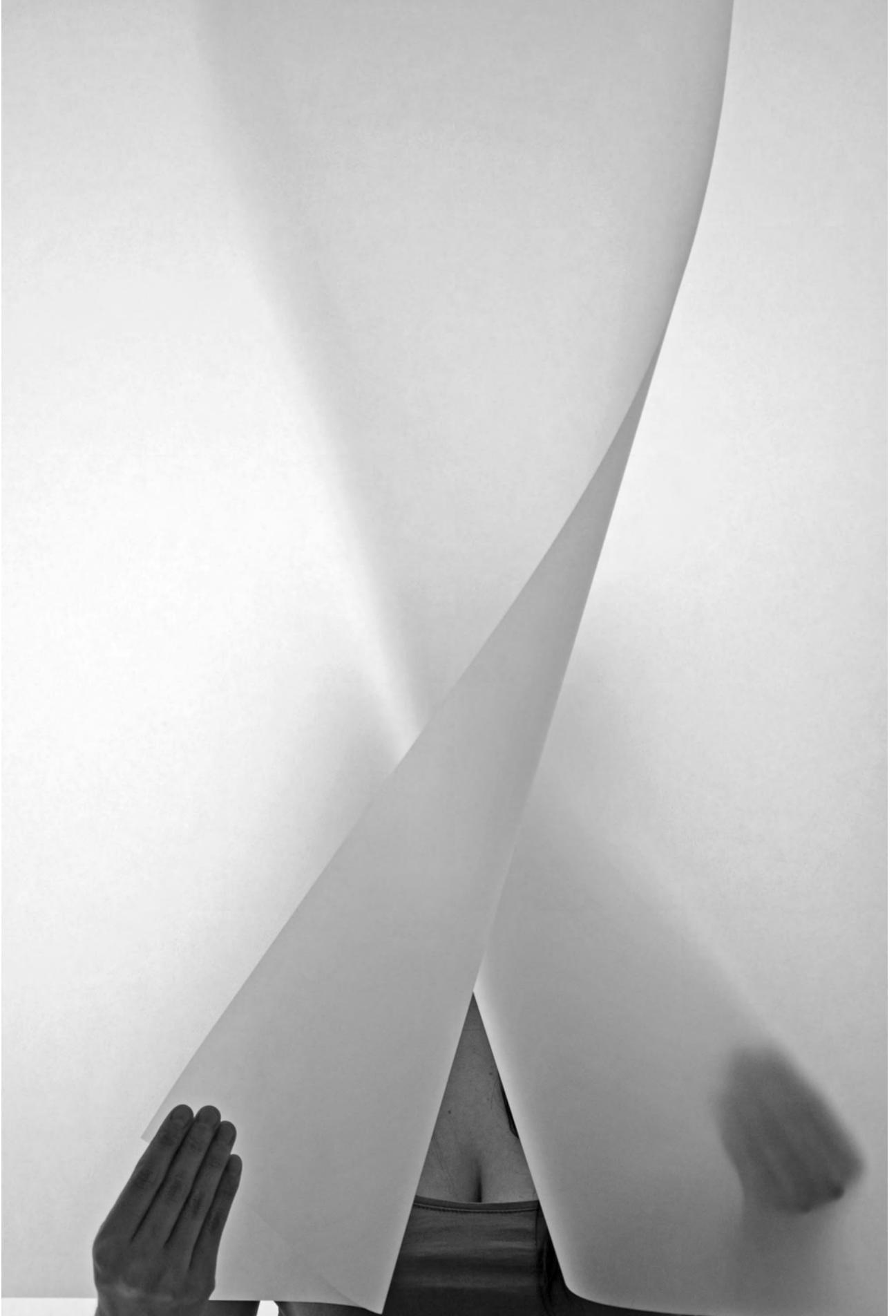
Me sentí curada después de dos meses. No lo busqué cuando regresamos. Aumenté mis responsabilidades, organicé más exposiciones, visité a mis amistades, conseguí otros amantes. Lo había olvidado por completo. Un día, sin embargo, mi secretaria habló de él con una malicia que apenas logré percibir. Supe que ya no pintaba y que se había entregado a la calle como quien se deja devorar por los perros. Tomé el auto y salí a buscarlo hasta que lo encontré sentado ahí donde lo ves. Dudé, pero al final me acerqué a él. “Azul, azul”, me dijo. Pensé que estaba hablando conmigo, pero me bastó observarlo unos minutos para comprender que ya sólo era capaz de repetir esa palabra.

Aquella tarde, después de verlo, caminé como sonámbula hasta llegar a la casa. Estaba lloviendo, o yo estaba llorando, o ambas cosas al mismo tiempo, ya no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que preguntaste por el carro, y después de mi explicación inverosímil saliste hecho una furia a buscarlo. Yo me metí a la cama y lloré, ahora sí, hasta que me dormí. Al otro día recorrí sus lugares favoritos: los museos del centro, las cantinas, un par de cafeterías y la calle donde vivía. Contacté a los pocos amigos que le conocía. Ninguno quiso hablar

conmigo ni explicarme qué le había pasado, aunque yo bien lo sabía. Me dediqué a perseguirlos durante semanas hasta que uno, fastidiado quizá por mi insistencia, me gritó: “Tú lo mataste, no te hagas la inocente, tú lo mataste.” No sé por qué esperaba oír otra cosa. Sí, yo lo maté. Y lo hice a conciencia, para salvarme a mí, para salvarte a ti, para abrazar lo poco que quedaba de nosotros.

Seguro no recuerdas que lo conocimos juntos, en la inauguración de una exposición colectiva que organizó un amigo tuyo. Quedaste vivamente impresionado por su manejo del color; no por su técnica, que te pareció deficiente, sino por su evidente capacidad para asociar aun los espacios más inmundos con el color preciso, por su talento para detectar la belleza. Platicaste un buen rato con él, le ofreciste exhibir su pintura en solitario, le diste el teléfono del museo, de mi oficina, y hasta te despediste dándole una fuerte palmada en la espalda. Sin saberlo, le enseñaste el camino para llegar a tu mujer.

Parece mentira, pero después de tantos años de matrimonio, tú y yo seguimos siendo un par de extraños, aburridos hasta la náusea uno del otro. Lo único que tenemos en común es ese hombre, ese pedazo de carne que se arrastra en la escalinata mugrienta de la aún más mugrienta catedral. Mientras me amó fui feliz y tú también lo fuiste, no lo niegues. Si esa sombra volteara a mirarnos no llamaríamos su atención: una anciana empujando la silla de ruedas de su inútil marido. Así tenía que ser. El amor es un campo de batalla y yo dediqué mi vida a evadir la pelea, no sé si me entiendes. 



Mariel Iribe

Chicontepec, Veracruz, 1983

El último intento*

Hay hombres honrados que se pasan toda la vida preparando un supremo acto de traición.

Mario Puzo

Juencio de la Cruz no hacía otra cosa al levantarse que hundir la nariz entre las palmas de las manos. Estornudaba ocho veces, según las infalibles cuentas de su mujer, que siempre se perdía entre los pasillos de la casa contando en voz alta. Algunas veces, desde el rincón del lavadero, se podía escuchar su voz chillona, y otras, en la oscuridad de los días nublados, prefería llevar la cuenta recostada en la cama.

—¡Ocho! —gritó Minga y soltó una risa maliciosa, como todos los días mientras quitaba uno a uno los clavos y las telas de las ventanas del cuarto.

Juencio, con las pocas fuerzas que le quedaron tras los últimos espasmos, sentado en la orilla de la cama, hizo un nudo a los cordones de sus botas y fue al cuarto de las herramientas huyendo del eco siniestro del martillo. Como siempre, la mañana se le fue afilando su machete, con la mirada hueca y fija en un punto a lo lejos, y poco tiempo después olvidaba qué había ido a buscar.

Durante años no había dormido bien, y todo porque Minga no toleraba la luz de la luna. Si dejaba las ventanas abiertas, se sacudía como presa de la fiebre y para aislarse del resplandor clavaba trapos en las ventanas. No era posible pasar una noche sin que ella deslizara bajo la almohada el martillo. A Minga, una mujer de cabello largo, un poco pálida y otro tanto distraída, sólo le bastaba un destello sobre la almohada para levantarse de prisa y evitar que un orificio dejara que la luz pudiera colarse.

Desde los primeros años de su matrimonio, cuando unieron sus vidas según los designios de Dios —pues se habían unido hasta que la muerte, si podía, les hiciera el favor de separarlos—, Juencio pensaba que ya dominaba el arte de la indiferencia. Buscando un poco de silencio, siempre decía casi a punto de salirse una lágrima “Quiero oír pasar una mosca”. En el fondo sólo quería huir del traqueteo, de las carcajadas y los aspavientos de la mujer con la que vivía.

* Publicado en *El último intento*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2013.

Mariel Iribe. Periodista y narradora. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Occidente, así como Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Ha colaborado en las publicaciones literarias *Textos*, *Literal*, *Andante26*, www.lostubos.com, *Politeia* y *Tierra Adentro*; en los periódicos *Primera Hora*, *Noroeste*, *Récor*, y en el programa deportivo “Desde la banca”. Fue becaria del programa Jóvenes Creadores del FOECA Sinaloa (2006), del FOECA Veracruz (2008) y del FONCA (2011). Ha sido antologada en *A fin de cuentos* (Instituto Municipal de Cultura, 2007), *La letra en la mirada* (Instituto Municipal de Cultura, 2009), *Lados B, narrativa de alto riesgo* (Editorial Nitro/Press, 2011) y *Cuadernos de periodismo Gonzo* (Almadía, 2011). *El último intento* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2013) es su primer libro. Vive en Culiacán, Sinaloa.

Esa tarde, exhausto tras haber pasado el día cortando leña, llegó hasta la ribera del río y desde ahí, recargado en una piedra, vio a Minga bañándose. Acomodó el morral en el pasto, abrió las piernas para descansarlas un rato y el ruido de los grillos poco a poco lo fue dejando sordo. Del otro lado, Minga luchaba contra la corriente. De vez en cuando salía de las profundidades, movía desesperada los brazos, tomaba una bocanada de aire y volvía a hundirse. Juvencio seguía intensamente la trayectoria de sus brazos, que se perdían en la turbulencia de las aguas. Pensaba que seguramente en las profundidades estaba todo verde. Aguardó algunos segundos con el deseo de que no emergiera de nuevo; quizá si caminaba a paso lento la encontraría ya flotando bocabajo. Avanzó despacio y se detuvo en la orilla. La alcanzó como si sus movimientos fueran parte de un reflejo inevitable. Estiró los brazos y cogió a ciegas la enramada de sus cabellos. Tuvo que arrastrarla hasta la sombra de una angosta vereda, oscurecida por el espesor de las hojas. Juvencio se sentó bajo los árboles y de pronto le volvieron los recuerdos, las discusiones diarias de Minga con las plantas porque fueron rojas en lugar de rosas, porque cuando las compró, un señor moviendo varias veces la cabeza hacia abajo se lo estuvo asegurando: “Sí, señora, ya verá que cuando crezcan serán tan rosas como las quiere.”

Le era inevitable pensar en sus murmullos. Apenas cruzaba los pasillos, crecía el bullicio de los platos al caer uno sobre otro, y como inmensas marejadas, el ruido se iba adentrando en las paredes de los cuartos. Mientras la contemplaba recostada, casi inconsciente, recordó el escándalo de los engranes del molino; ella se empeñaba en triturar el maíz sin importarle que fuera la hora de su siesta. Siempre al sentarse a la mesa, el ruido le provocaba vértigo y constantes mareos. Entonces Minga respiraba profundo en el trayecto a una nueva carcajada, mientras Juvencio, como si un rápido aleteo le nublara la vista, se sumergía de pronto en cada uno de los movimientos. Los sonidos, los temblores, el crujir de las ramas de los árboles y el rechinar de las patas de los grillos se repetían interminablemente. “Juvencio, estás enfermo del cerebro, estás enfermo”, escuchó como si Minga le hablara, como si estuviera a su lado con el martillo y un trapo en cada mano.

Instalado aún en sus recuerdos parpadeó y encontró a Minga frente a él. La observó como si en una breve interrupción del tiempo hubiese perdido la memoria. Ella se levantó y un zumbido lejano, un ruido inhabitable, rodó poco a poco por el caracol de sus oídos. Juvencio se paró de un salto. Avanzó quitando una a una las ramas del camino mientras Minga, que iba adelante, avanzaba por la vereda, respirando hondo para llevarse un poco del perfume de las plantas. Juvencio, unos pasos atrás, le veía el cuello con desconfianza. Sintió cómo se le agitaba la respiración. De pronto le pareció escuchar el estruendo del martillo. Los clavos perforaban su cabeza, el rechinar del catre hacía estragos en el silencio cada vez que ella daba un salto hacia la ventana, entonces levantó el machete y lo sostuvo en el aire unos instantes con las dos manos: había llegado el momento de vivir en calma.

Juvencio esperaba un impulso que llevara el machete hacia delante, justo a la espalda o la nuca de Minga. Apretó el mango y lo sostuvo con fuerza. El sudor de sus manos empapaba el cuero que cubría la fatal empuñadura. Sin embargo, no confiaba en su instinto. Pensó que lo mejor sería dejar caer el peso de la hoja y que ésta hiciera el trabajo mientras él imaginaba que su esposa era sólo un árbol. Pero Juvencio, un hombre delgado y de ojos oscuros como las aceitunas, no sabía de asesinatos. Finalmente bajó las manos y clavó el machete entre las piedras. Minga volteó de repente y, mientras se hacía una trenza, le sonrió entre el bullicio de los pájaros. Al llegar a los lindes de la casa, empezó a soplar un aire como el de los últimos días de primavera. Minga entró hasta la cocina, sacudió el brasero, la mesa y las cajas de las frutas que metía debajo de los catres. Juvencio se recargó en el umbral de la puerta hasta que ella cayó rendida por el cansancio. La vio agitar el pie derecho y deslizarse despacio entre las sábanas. Cuando él se acercó hasta el borde del catre, al quitarse la camisa y los zapatos, ella movió los brazos para acariciarle el cuello y Juvencio cerró los ojos, como si un tranquilo silencio se pronosticara para toda la noche.

Sin embargo, como cada madrugada, Minga se levantó a clavar retazos de tela en las ventanas. Era imposible dejar descubierta una rendija. Satisfecha, regresó a la cama para murmurarle al oído: “No te preocupes, Juvencio.” Pero habían pasado apenas unos minutos cuando regresó a las ventanas porque un intenso resplandor de media noche había entrado en el cuarto.

“¿Ya viste, Juvencio? Te dije. Si estás enfermo de la mente es por esa luz que no te deja”, le dijo casi a gritos, y no pudo disimular un gesto de rencor. Pero Juvencio, más por lástima que por el asombro que ella era capaz de provocarle cada que articulaba una palabra, se quedó callado.

Minga se sentía tranquila con sólo acariciar el martillo. Pero Juvencio seguía con los ojos abiertos. El eco del golpeteo palpitaba sin descanso una y otra vez en los adobes de las paredes. Pensó en las oportunidades que había tenido, en todas las ocasiones que, por miedo o absoluta lástima, le perdonó la vida.

Juvencio se sentó a su lado. Ella dormía, respiraba con calma, como cuando se detenía a oler las plantas a la orilla del camino. Él sostuvo la almohada entre las manos, confiando en que esta vez sería la última, que no habría más intentos. La imaginaba muerta, llena de gusanos que le salían por la boca. Pero ponerle la almohada sobre

la cara o clavar la punta del machete en medio de su espalda era una absoluta cobardía. “Hasta el monte está lleno de ruidos”, se dijo en voz baja para no despertarla, y cuando volvió de aquellos pensamientos ya la había perdonado. Recordar las manos de Minga haciendo surcos por su cuello, las noches en que ella dormía hasta el día siguiente sin hacer un solo movimiento, bastaron para hacerlo tirar la almohada al suelo. Pensó en estornudar más fuerte cada mañana, para que Minga pudiera reír y alejarse contando por la casa. Se lo prometió a sí mismo durante las horas que restaban de la noche. Y era sincero.

El día amaneció nublado. Juvencio abrió los ojos y respiró con dificultad al sentarse. Comenzó a estornudar como siempre. Minga sólo contó los primeros espasmos aún recostada, como hacía las mañanas oscuras y, sin retirar los trapos de las ventanas, deslizó la mano bajo la almohada en busca del martillo. Un solo golpe en la cabeza fue suficiente. ❷

De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 x 50 cm, 2009-2011



Un presentimiento*

Olga siempre creyó que era una locura pensar en la muerte, hasta que empezó a sentirla cada vez más cerca, como una especie de aura; una presencia con vida propia que la rondaba por los espacios de su casa. Una mañana, al despertar, sintió que la angustia le oprimía el pecho, y mientras veía por el borde de la ventana cómo bajaba la neblina hasta los techos de las casas, volvieron las imágenes en las que siempre agonizaba en diferentes escenarios. El pensar en un desenlace trágico no era capricho, sino consecuencia de los sueños. Había tenido la misma pesadilla todas las noches, y para ella eso significaba experimentar la angustia de la muerte como un lapso interminable.

La primera vez que tuvo esas visiones fue una noche de lluvia. Apenas cerró los ojos vio cómo brotó entre la penumbra un caudal de sangre de los surcos de la tierra. La sangre emergía en espesas burbujas. Ella corrió al ver cómo el líquido humeante se deslizaba hacia sus pies y de pronto sintió que unas trenzas le golpeaban la espalda y que las piernas se le hacía cada vez más cortas. Su cuerpo se había convertido en el de una niña. Llegó hasta una casa aparentemente abandonada. El lugar estaba en ruinas. Lo único que lucía intacto era una puerta de madera. Olga alcanzó a golpear con su cuerpo infantil la aldaba. El eco del metal cayó como un travesaño hueco sobre la puerta. Entró a la casa y el lugar le pareció deprimente: las grietas subían por las paredes hasta los horcones. De pronto se vio frente a un espejo y, antes de cobrar plena conciencia de ese instante, advirtió que su rostro era el mismo. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que un hombre la tomaba de la mano. Todo aquello le pareció un recuerdo. Cuando se dio la vuelta estaba frente a una cama con sábanas rojas. Se agachó, levantó la tela de una esquina para mirar debajo y descubrió una corriente de agua cristalina. Quiso tocarla pero despertó en su habitación. El manantial había desaparecido.

Olga seguía parada frente al ventanal, le gustaba imaginar un final diferente para cada sueño. Cerraba los ojos y si hacía un esfuerzo podía ver su cuerpo cayendo por un acantilado, rodando hasta tocar fondo contra las rocas puntiagudas de la costa; o una parvada de aves carroñeras la embestía buscando el blando blanco de sus ojos; o de pronto se pensaba parada en la estación del tren, luego dentro de un vagón donde a través de una de las ventanillas se veía a sí misma cruzar la vía y atravesar los andenes hasta llegar a la calle. Acelerar el paso. Atarse el listón del abrigo hasta sentirlo ajustado en la cintura. Acelerar el paso. Bajar la banqueta y al mismo tiempo que tocaba el asfalto, la mujer que caminaba en la calle giraba la cabeza y entonces podía verse a los ojos. Después, ella, la del exterior, caminaba de prisa y un auto la arrollaba a gran velocidad, dejándola tendida sobre el pavimento.

* Publicado en *El último intento*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2013.

Javier abrió la puerta, y apenas entró a la recámara, ella lo sorprendió con una pregunta:

—Si muriera ahora, ¿te acordarías de mí?

Él se sentó en la mecedora hasta que se detuvo con un par de bruscos movimientos.

—¿Y quién te dijo que te vas a morir?

—Lo sé desde hace mucho tiempo.

—Si te mueres ahora, te buscaré espacio en una de las macetas del jardín, pues no nos alcanzaría para un funeral decente.

—Siempre es lo mismo. Es la última vez que te cuento mis secretos.

—Tranquila, te traje un regalo.

Olga se levantó de la cama y los dos se dirigieron a la cocina. Javier acomodó los cubiertos en la mesa con cuidado.

—¿Sabes qué significan los sueños?

—No sé, creo que hay diferentes significados. Yo una vez soñé que tenía las manos tan débiles que trataba de agarrar las cosas y todo...

Olga escuchó la voz de Javier como un eco que cada vez se fue haciendo más lejano y volvió a caer en un precipicio. No tenía que cerrar los ojos para que la imaginación y el miedo la tomaran por sorpresa.

“Que caiga todo, que se derrumben los coros con sus iglesias y sus acordes”, escuchó, y pensó que esa voz venía de sus adentros. Levantó la vista y se vio rodeada de flores blancas que descansaban en una larga fila que parecía extenderse hacia el horizonte. Se acercó con desconfianza a uno de los ramilletes y al hurgar entre los pétalos encontró una mano, tan pálida como el rostro que había visto aquella vez en el espejo. La sostuvo unos segundos tratando de entender qué hacía allí adentro, pero sintió asco de haberla tocado y la soltó. Al verla en el suelo se dio cuenta de que la extremidad era suya y antes de volver a tocarla para buscar una cicatriz, un recuerdo que le ayudara a reconocerla, cayó la noche. Ya era difícil encontrarla en la penumbra. Sintió que la había perdido para siempre.

—Quise soltarme y salir corriendo —dijo, e interrumpió a su esposo que seguía hablando de sus sueños.

—¿Qué tienes?

—No lo sé, fue una sensación extraña, como si todo pasara claramente frente a mis ojos.

Javier se quedó callado.

—Tranquila. Ya pasó, abre tu regalo.

Puso una caja blanca sobre la mesa.

Olga sonrió ligeramente. Se acercó con una alegría tibia. Tomó la caja y tiró de uno de los extremos del listón que cayó desparramando sus tentáculos de terciopelo. Alrededor de la casa había un eco de ruidos silvestres, ruidos tenues que al escucharse con calma parecían más una marcha que un trinar de aves descompuesto. Abrió la alargada caja blanca. En la oscuridad de la casa, el filo de un cuchillo cortó la noche con un destello plateado.❶

Laia Jufresa

Ciudad de México, 1983

Los engañamos, Fifi

A Galleta, in memoriam

Tenía como única pertenencia valiosa un pato. Uno real, no uno de plástico o cerámica. Un pato de carne y hueso, plumas y cagadas por la cocina; un pato mascota, de compañía. Tenía además una casa para el pato y una cama para él mismo, donde reposar el esqueleto y el hastío ocasional. También una cabaña en el bosque, una grabadora, cervezas, un teléfono de disco y esa inflexión en las comisuras de la boca, como un candado para su resoluta seguridad.

Al exterior de la cabaña, un deslavado letrero decía *Hospedaje*. Tocamos. El hombre que apareció en la puerta parecía molesto, pero nos la abrió de par en par. Entramos tratando de dejar la lluvia afuera. Al interior, un librero vacío y libros por el suelo le quitaban al lugar todo indicio de hospitalidad.

Se llamaba Ernesto. O no se llamaba Ernesto, según nos dijo, pero era perfectamente capaz de responder a ese nombre. Él lo llamaba Pato, los demás debíamos llamarle Ernesto. En cuanto a él, podíamos decirle Raúl y podíamos hablarle de tú. Tal fue el recibimiento. La contundencia con que cerró la presentación nos hizo entender que nuestras preguntas no eran bienvenidas: podíamos hablarle de tú pero era preferible no hablarle para nada. Se sentía fría y oscura la cabaña. Se escuchaban los picoteos de Ernesto contra un vidrio, su afónico quejido. Porque Ernesto era asmático, o disfuncional, o qué se yo, pero no era un pato que hiciera cuac. Raúl lo levantó y nos lo mostró como diciendo: Ahí está, es

De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 x 50 cm, 2009-2011



Laia Jufresa. Narradora. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y el FONCA. Su trabajo figura en las antologías *Un nuevo modo. Antología de narrativa mexicana actual* (UNAM, 2012) y *Función privada. Los escritores y sus películas* (Cineteca Nacional, 2013), entre otros. Un poema suyo aparece en *Los mejores poemas mexicanos 2006* (Planeta). Su libro *El esquinista* recibió una mención honorífica en el Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2012, y se publicará en 2014 en el Fondo Editorial Tierra Adentro. Es profesora a distancia en el Programa de Escritura Creativa de la Universidad del Claustro de Sor Juana, colabora en la revista *Letras Libres*, y recién terminó su primera novela, *Umami*. Vive en Madrid.



él. Como si nosotras estuviéramos ahí para el pato, para hablar del pato. Tres cazadoras de talento en busca de aves amaestradas. No dijo más. Le hacía ostentosos arrumacos al animal que graznaba como si recién le hubieran arrancado las cuerdas vocales y el culpable anduviese aún cerca. De la humedad de nuestras ropas emanaba una incomodidad densa. Metimos las manos en los bolsillos, los ojos por entre las duelas. Finalmente habló Meche. Meche termina siempre por salvarnos, es lo único que puedo decir a su favor. ¿Cuánto cobras por noche, Raúl?

Raúl levantó la mano extendida antes de regresarla a las caricias. No nos alcanzaba, ni de chiste nos alcanzaba. Pero para eso está Meche y sus ojazos trepadores. Para eso éramos tres mujeres con sendas mochilas y esa carátula maleable que habíamos practicado tanto, de ser mujeres solas, aventureras, pero al fin y al cabo mujeres solas, de ciudad, perdidas. Mira, le dijo Meche, si te damos quinientos nos quedamos sin nada para el regreso. Sólo es una noche y sólo necesitamos un pedazo de suelo. Déjanoslo en doscientos, ¿qué te cuesta? Mi amiga (aquí me señaló y a mí me tembló la base del cuello) está enferma.

Trescientos o es sin comida.

Dos cincuenta.

‘Ta.

Y así fue: ‘Ta.

La segunda puerta, ahí se pueden quedar, dijo y —pato en brazos, sonriendo hacia una oreja nomás— se metió a la cocina. Aprovechamos para inspeccionar nuestro cuarto y cambiarnos de ropa. Salí bastante seca, pero con escalofríos. El humo de los cigarrillos de

mis compañeras, en vez de antojo, me provocaba un picor molesto en la garganta. Raúl salió después de un largo rato con cubiertos, platos hondos, cervezas y, en una segunda ronda, una olla de peltre que asomaba el

estaño bajo los restos de pintura azul. Caldo, dijo como si presentara un pastel de siete pisos: El mejor antídoto.

¿Antídoto anti qué?, preguntó Meche.



De la serie *Otro distante*, 2013

La respuesta fue un gesto incierto. Brazos al aire, arriba, como decir: Qué pregunta tan estúpida.

Entre los cuatro despejamos la mesa de papeles, platos, ceniceros y nos sentamos frente al caldo que humeaba una tranquilidad reconfortante aunque inodora. Dimos los primeros sorbos como en un ritual. Mientras tanto, Ernesto se paseaba por ahí compartiendo sus opiniones. Era como un extranjero en su lengua, como un desafinado compositor de heridas fónicas. Era una cosa espantosa.

Nadie más que yo padecía el frío. Junté chamarras ajenas y las fui apilando sobre mi espalda adolorida. El caldo me hacía sudar. Raúl no usó cuchara, se bebió del plato su caldo en un par de tragos y luego se dedicó a enfilar una cerveza tras otra. Dina y Meche lo acompañaron bebiendo. Yo, puro caldo, otro suéter, una bufanda. Escalofríos. Entendimos que Raúl no hablaba pero gustaba de escuchar. Siguió durante un par de horas nuestros relatos, aparentemente entretenido. Sus muestras de entusiasmo eran parcas pero inconfundibles: un ondular la cabeza arriba abajo, levantarse por más cervezas, destaparlas sin preguntar. En algún momento, Raúl mencionó su paso por “la facultad” y eso nos relajó a todas. Como si un universitario no pudiera entrar a violarte en medio de la noche. Como si su haber pisado una facultad cualquiera minimizara el hecho de que nadie más que nosotros cuatro, y el pato, sabía que estábamos allí. Empecé a titiritar.

Para la media noche mis huesos pesaban una tonelada. Me fui a dormir. La ruta que emprenderíamos al día siguiente era larga: caminata, aventón, varios camiones. La ciudad de la cual veníamos era un punto cierto pero de difícil alcance. Nosotras te despertamos, me aseguraron: Tápate bien; descansa.

Cerré la puerta, me eché en la única cama y me envolví trabajosamente en cobijas. Me dolía todo. A pesar de que me llegaba diluida por bajo la puerta, sabía que en la conversación fermentaban nuestras más recientes anécdotas. Habíamos planeado durante meses aquel viaje. Ahora terminaba mal. Medio peleadas, medio perdidas y yo con aquel maldito bicho. Me dije que pronto estaríamos de vuelta en casa y causaríamos gracia o envidia al narrar nuestras peripecias. Y nuestra

última noche, esa en que un hombre misterioso nos amparó del bosque. Misterioso era la palabra, aunque seguramente perdería su peso en el anecdotario. Podía intuir su media sonrisa al otro lado de la madera. Pensé simplemente, sin hipótesis: ¿Quién será este loco? Y perdí.

El tormento empezó de madrugada. Quise dormírmelo, pero fue imposible. Recuerdo llamar a Dina, a Meche, en voz baja primero, luego en un grito fallido. Podía sentir el aire gélido y huidizo entrando con dificultad a mi garganta. Temblaba. Alguna despertó y le rogué quedito: Haz algo, haz algo. Se levantaron, me cubrieron, quisieron darme agua pero todo me daba más frío. Más miedo. Finalmente Meche fue a consultar con Raúl y lo encontró despierto en la sala. Volvió con tres malas noticias: el teléfono era de adorno, en la cabaña no había ni aspirinas y el médico más cercano estaba a horas de distancia. Como único consuelo nos mostró una hoja de libreta y dijo: Pero Raúl nos hizo un mapa.

Recuerdo sus siluetas mientras empacaron. Discutían el plan a media voz, decidían qué llevar. Sacaron todo de tres mochilas para meter sólo algunas cosas en la más pequeña. Entendí que se iban sin cosas porque volverían, pero me sentí abandonada igual cuando dijeron: Nos vamos; vamos por un doctor. Me dio un beso cada una, redundaron en lo caliente que estaba mi cara, en lo mucho que se apurarían. Cerraron el zíper más largo de la mochila y se fueron. Aún no amanecía del todo.

Meche dice que, en estricto sentido, fueron dos días; y que fue culpa de Dina porque ella leía el mapa. Dina dice que fueron tres y que la culpa era de Raúl porque su croquis era una mierda. Una mierda con alevosía y ventaja, dice. Para mí que fue una vida. Una vida voz rasposa, una vida aparte.

Ah, la fiebre. La orfandad, el titiritar, el delirio. Las noches eternas en que la puerta era un abismo y la cama una fiera. Los resortes rechinaban bajo mi pesadumbre, quejándose conmigo. La fiebre, el frío, el caldo, el pato. El pato era un enemigo iracundo. Un invasor. Había

que atarlo, acallar sus lamentos, hacerlo prisionero. Ya no se llamaba Ernesto sino perro. El pato era un perro. Nos perseguíamos por el campo de batalla. Los libros eran su trinchera, mi patria era la mesa. Él emitía en su lengua enlutada blasfemias contra mi bandera y yo como insulto lo llamaba Fifí. O Nena. Le confesaba que lo habían engañado: que no era nada más que una galleta. Una galleta de animalito, ni siquiera un animal. Y él me decía, con señas de alas: Aquí tú eres la única perra. O me gritaba burlón: Fifí tiene faringitis. Y me acusaba de nena. O ladraba. Se desgañitaba, se torcía, se reía de mí en mi cara, y yo quería torcerle el pescuezo con tal de que guardara silencio. Pero entonces Raúl entraba. Apaciguense, decía. Nos daba el caldo como tregua y nos ofrecía su cabeceo de paz que decía: Ya pasará. Luego dormíamos. Dormía de día. Las noches eran sólo un torbellino de resortes y ardor. Enloquecía. Vi tormentas de sopa y granizo de plumas. Vi doblarse la puerta de madera y vi un par de espuelas crecerme en los tobillos. Me vi de frente y me vi en el techo y no podía llamarme, decirme ven, baja, porque no tenía ya nombre, ni mucho menos garganta.

Recuerdo romper contra un muro el teléfono de disco. Recuerdo encerrarme en el baño segura de que nadie volvería por mí y bastante convencida de que Raúl era un loco, un loco peligroso. ¿Qué vas a hacer conmigo, eh? Me vas a hacer caldo.

Recuerdo dormir en sus brazos. Los dedos acariciando mi cabeza como lo vi hacerlo en el lomo del pato el primer día. Recuerdo todo y nada en orden.

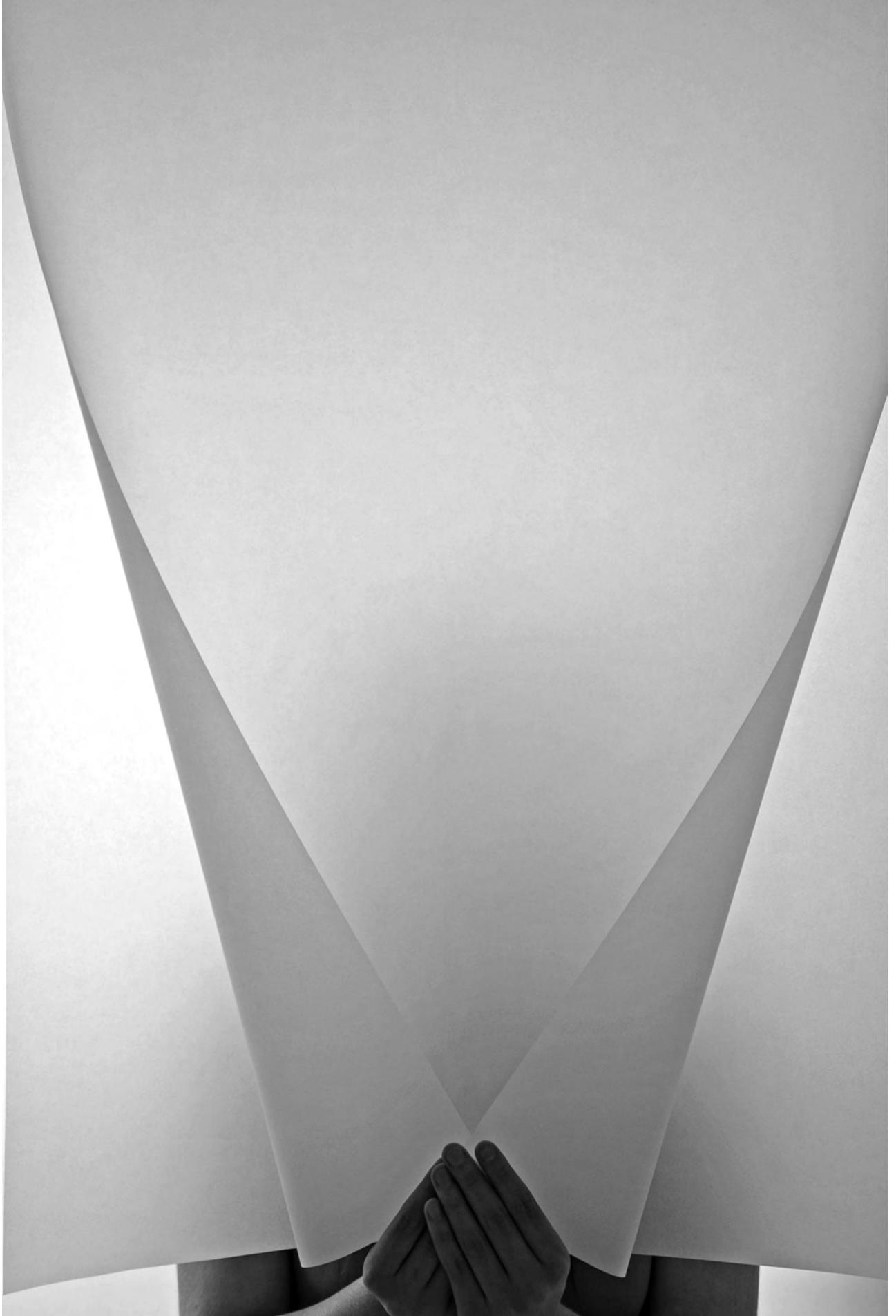
Meche dice que fueron dos días. Dina que tres. Yo digo que el miedo se cuenta por respiraciones y las mías iban de lentas a dolorosas. De escasas a obligatorias. Recuerdo llorar en el regazo tibio de aquel hombre y contarle cómo serían de allí en adelante nuestras vidas. Lo que sí voy a extrañar es el cine. Lo que más voy a extrañar es poder hablar. Mi voz era apenas un silbido y recuerdo admitir con celos que cualquier cosa que yo dijera, el pato podría haberla dicho con más claridad. El prístino pato de provincia. Recuerdo envidiar su blancura y lamentar el tono de mi piel: de un rojo sarpullido, de un sarpullido violento. Mi cuerpo ya no era mi cuerpo. Mi voz en cambio, no era voz pero era mía.

Recuerdo perder la paciencia y patear al pato en un arranque de fuerzas renovadas. Recuerdo su queja: aguda y angustiada. Raúl lo levantó, me aventó un libro y azotó la puerta. Yo le grité: ¿Te enojaste, Fifí? ¿Te enojaste conmigo? ¿Quieres mucho a tu patito? Un par de horas permaneció ofendido. Luego volvió con el caldo como disculpa. Y yo como disculpa lo bebí sin cuchara y sin chistar. Más tarde, mientras Ernesto dormía, me le acerqué y le agradecí que hablara mi mismo idioma. Mi mismo lamento en lija.

A la tercera mañana (confío más en Dina), entre el casete de violines en la grabadora y el monólogo de Ernesto, hizo su aparición un escándalo de automóvil. Raúl se levantó. Me miró fijo hasta que el coche se apagó afuera de la cabaña. Luego fue a abrirlas.

Entraron apenadas, ojeras y culpígenas. Nos perdimos. Nos quedamos sin dinero. Nos estafaron. Tuvi- mos que ir hasta... Nos mandaron un giro pero tardó pero traemos un coche, pero cómo estás, cómo te sientes. Raúl gracias, dijo Meche. Dina se limitó a mirarlo con rencor y mostrarle el camino a nuestro recién adquirido chofer: un gordo servicial que extrajo de la cabaña nuestras mochilas y las cosas sin empacar. Extrajo luego mi cuerpo lánguido y cansado y lo depositó como si cualquier cosa en el asiento trasero. Porque el asiento me raspaba, noté la poca ropa que traía puesta. El gordo me cubrió con una cobija que había allí y fue a sentarse al volante.

Raúl vino a pararse junto a la camioneta. Me apreté con fuerza el brazo y el gesto exudaba una complicidad que no entendí. Cuando me soltó miramos juntos las huellas blancuzcas de sus dedos en mi antebrazo, lentamente retomando el color de mi piel. Dina carraspeó. Raúl me acercó al oído su media sonrisa amplísima y me dijo: Los engañamos, Fifí... Luego dio un paso atrás y entre nosotros alguien cerró la camioneta, en un desliz, como a un zíper. Se me hizo nudo la panza, me arrojé con la cobija. El gordo encendió el motor. Por la ventanilla de la camioneta vi una espalda, y el azote de una puerta, y el letrero de *Hospedaje* meciéndose hasta volver a acomodarse en su sitio original. 



Valeria Luiselli

Ciudad de México, 1983

Fictio Legis*

El jurista romano Modestino describe el matrimonio como la unión eterna entre varón y hembra, fincado en la ley divina y humana. Fastuosas dádivas de la familia de la hembra acompañan obligatoriamente el festejo de la alianza. Sin embargo, según la ley promulgada por César Augusto, si la hembra se enlazara con un eunuco, la familia de ésta queda exenta de la gravosa dote. En la opinión del padre de la mujer de Tachi, el varón que usurpó la divina joya de su corona era precisamente un eunuco. En sus propias palabras: Un pinche mayate. Pero en realidad Tachi es nomás pálido, bajo de estatura, y un poco melancólico.

Lo veo entrar al avión y noto con cierta ansiedad la i griega de una vena azul —que brota— generosa de sangre aristocrática a lo largo de su cuello traslúcido, cuando con mucho y vano esfuerzo trata de elevar su mochila para depositarla en el compartimiento superior de “la nave”, en lenguaje aeronáutico, o “arribita”, a decir de su mujer, que a su vez tiene que entrar al quite y ayudar con los bártulos: Tachi, ¿por qué siempre te traes tantos chunches?

La pareja se sienta directamente detrás de nosotros. Chascan —casi simultáneas— las cuatro hebillas metálicas. Chasca una quinta hebilla de un pasajero sentado en el asiento opuesto al de ella, del otro lado del pasillo.

*Publicado en Daniel Saldaña París (comp.), *Un nuevo modo*, Literatura UNAM, México, 2012.

Apenas pasa por última vez la aeromoza —una sevillana autoritaria, un poco pasada de peso y definitivamente demasiado madura de edad para usar frenos con ligas rosas— me desabrocho el cinturón y me echo encima la cobijita.

¿En México se le dice frazada a la cobijita esta? —le pregunto a mi marido.

Se le dice cobijita de avión —responde.

La azafata sevillana anuncia la inminente salida del vuelo. Serán once horas con cincuenta y cinco minutos de viaje —está estrictamente prohibido fumar incluso, o sobre todo, en los baños—, debemos apagar de inmediato nuestros aparatos electrónicos.

Antes de apagar mi teléfono entro al Instagram. Los hipsters en el Distrito Federal leen a Allen Ginsberg en ediciones que compraron de segunda mano en Brooklyn, dicen “roommates” en vez de “compañeros de piso”, tienen luz del verano de 1968 —un mundo perpetuado, congelado, convertido en App. Y ya nadie sabe dónde queda afuera y dónde adentro.

El avión avanza pesadamente sobre la pista.

Tachi había tenido un momento de gloria, aprendemos a la hora cero del vuelo, cuando empieza el video pedagógico sobre posibles desastres. A los veintitrés años trabajó durante seis meses en una cabina de radio. Las salidas de emergencia están a ambos lados: derecha, izquierda. No tanto en la cabina de radio como cerca de ella —más afuera que adentro— en “respaldo y producción”, para ser precisos. Es importante colocarle a los niños la máscara de oxígeno después y nunca antes de colocársela uno mismo. Pero en cierta ocasión había entrevistado a un político. No había sido realmente

Valeria Luiselli. Narradora y ensayista. Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, cursa el doctorado en la Universidad de Columbia. Es autora del libro de ensayo *Papeles falsos* (Sexto Piso, 2010) y la novela *Los ingrátidos* (Sexto Piso, 2011), que han sido traducidos a múltiples idiomas. Su más reciente novela es *La historia de mis dientes* (Sexto Piso, 2013). Ha colaborado en publicaciones como *The New York Times*, *Granta*, *McSweeney's*, *Letras Libres* y *Etiqueta Negra*. Ha sido libretista para el New York City Ballet y colabora regularmente con galerías de arte, como la Serpentine Gallery en Londres y la Colección Jumex en México. Actualmente vive en Nueva York.

una entrevista —pero casi, asegura Tachi. Sigue el dibujo animado de las resbaladillas amarillas inflables, que siempre han despertado en mí las ganas de que ocurra un desastre imprevisto durante el viaje —un acuatición con final feliz. Tachi le había expresado su admiración y el político le había tocado —a cambio— el filo del hombro izquierdo. Este mismo político había sido delegado, diputado, secretario de estado, gobernador de un estado importante y casi-casi candidato presidencial. No se acordaba ahora en cuál estado había sido regente, pero creía —estaba casi seguro— de que era un estado muy próspero, hasta bonito e importante. Su esposa estuvo de acuerdo, pero tampoco se acordaba del nombre del político y mucho menos del nombre del estado. Se nos desea un feliz viaje.

¿De qué político hablará? —me pregunta al oído mi marido, que entrelee un periódico español en el asiento junto al mío.

No sé —le digo—, tal vez de Hank González.

Pobre España —suspira pasando la página—, está casi peor que México.

¿Estás seguro de que no se le dice “frazada”? —vuelvo a insistirle.

En México se le dice “cobijita de avión”.

Me vuelvo a abrochar el cinturón debajo de la cobijita —no vaya a ser que la sevillana vuelva a pasar y me amoneste.

No es que importara el nombre del estado ni el del político, pues quien escucha el relato de Tachi es Hans, un pasajero de unos sesenta y tantos años —juzgando por la aspereza y el aplomo de su voz— que va sentado del otro lado del pasillo, en el primer asiento de la terrible

fila de en medio. En esa fila uno no se debería nunca de sentar: si el avión choca y viajas en esa fila es muerte segura; mueres aplastado por los compartimentos superiores abarrotados de chunches —todos lo saben.

Tachi en ventanilla, su mujer a un lado, luego el pasillo, y después un pasajero llamado Hans. Nosotros dos —yo pasillo, él ventana— en los asientos directamente enfrente de la pareja.

Hans confiesa que a él no le interesa el nombre del político en cuestión, pues la política le parece vulgar y procura desde hace unos años no leer los periódicos. Ella está de acuerdo. Pero Hans admite que el actor que nos indica cómo abrocharnos el cinturón podría ser un político priista. Del viejo PRI —precisa Hans—, el buen PRI: hombres firmes con cejas pobladas a la española, cejas a la Presidente López Portillo, cejas a la Presidente López Mateos; pero no a la Presidente Enrique Peña Nieto, que no tiene cejas ni Proyecto de Nación. Eso dice Hans, que por poco tiene sentido del humor.

El avión gira pesadamente sobre la coda de la pista —acelera— y como si no pesara —le doy la mano a mi marido— se eleva.

Se presentan formalmente a la hora 0.07: Tachi y Pau. Hans se presenta como suecomexicano, de modo que la impresión tanto de mi marido como mía es que es definitivamente mexicano. La pregunta obligatoria debía haber sido por qué —cómo— era que Tachi se llamaba Tachi. Pero era una pregunta difícil de formular para el suecomexicano, que cada vez mostraba menos interés en Tachi y más en Pau. Mi marido se voltea para decirme:

—Así le dicen a los taxis en Barcelona: Tachi.



De la serie *Otro distante*, 2013

Me río, le digo que está mal burlarse en estas épocas de los pobres españoles, pero me para en seco:

—Es estrictamente cierto, no es broma, así les dicen.

La aeromoza se disculpa en nombre de la aerolínea con los pasajeros del vuelo 401: No sirve nuestro sistema de entretenimiento —repito otra vez, repito—, no sirve nuestro sistema de entretenimiento. Sin embargo, nos dice, los pasajeros podrán hacer uso del mapa sincronizado que detallará las actividades del vuelo. Después repite lo mismo, pero en inglés.

A la hora 3.04: Pollo o pasta. Pollo o pasta a las 11.14 AM, hora de España. Altura: 10,400 metros.

Ulpiano precisa que hay una diferencia notable entre los eunucos que han sido castrados y los que nacen sin órganos reproductivos. En el primer caso, la ley se sostiene: la familia de la hembra está exenta de la dote.

En el segundo, sin embargo, no. El eunuco de nacimiento tiene un derecho irrevocable a la dote.

El caso —como nos enteramos más tarde por un comentario de la mujer de Tachi, que a las 12.47 PM hora de España, hora 4.37 de vuelo, está bebiendo su tercera copa plástica de vino— era que él y ella se acababan de casar, y que el papá de ella no les había regalado nada, ni siquiera una ayuda para montar la casa conyugal. Tenían un departamento en la calle Platón, casi esquina con Ejército Nacional. Y ahora, en parte por culpa del padre, estaban pasando aceite y escatimando en detalles importantes de las reformas de la casa. No hace falta repetir las palabras exactas que usó la mujer de Tachi para decir apenas eso: escatimar. Por esa razón no sabían qué hacer con la cocina. Ahí, el motivo del viaje a España. Hora 4.55. Ella quería una

cocina prediseñada, para ahorrar un poco, pero él, Tachi, prefería una cocina hecha a la medida de las necesidades de la futura familia. Por eso habían viajado a España: había Ikea y ella quería “conocer a las cocinas en persona”. También, porque tenían millas y tenían amigos en Madrid.

El suecomexicano, que confiesa no haber terminado ninguna licenciatura, es, decididamente, un experto en historia del diseño. La primera cocina prediseñada, le dice en complicidad a la esposa de Tachi, fue inventada por una mujer brillante: Margarete Schütte-Lihotzky. Juzgando por cómo pronuncia aquel nombre, es claro que Hans habla bien el alemán. Mi marido me mira con un puchero y los ojos entornados hacia arriba —yo le pellizco el hombro, acusando recibo de ese gesto que conozco tan bien y que significa: No me podría valer más madres. A ella, a la mujer de Tachi, sin embargo, le interesa mucho Margarete Schütte-Lihotzky. Pide más información. Su compañero de fila se la entrega —en torrentes— de un lado del pasillo al otro.

Hans y ella —hora 5.14, hora 5.42 del vuelo.

Bajo la persiana de plástico, estirando el brazo a través del espacio que ocupa el cuerpo de mi marido. La luz resplandeciente del Atlántico subraya el contorno arqueado de la ventana. Una punzada en el ojo derecho me advierte que esa luz es la que me dispara las migrañas. Trato de cerrar los ojos. Mi marido lee —dormita frente al periódico— y Tachi lee también.

Hans le pregunta a Tachi qué lee. Es una novela de acción —dice Tachi— sobre la situación de México. Eso dice: Una novela de acción sobre la *actualidad* de México. Supongo que en el fondo Tachi tiene algo de

razón. Las únicas novelas de la actualidad en México son de acción.

Hans, que también es experto en literatura, compara eso que dice Tachi con la obra de Kertész y la obligación de no quedarse callado frente al horror, luego habla del Horror Horror de Conrad. Después, de Dostoievski, Beckett y luego, incluso, de Platón —que por cierto es la calle en donde ella vive— dice Hans, condescendiente.

Ella sabe muy bien quién es Platón: A mí me gustan todos los escritores y filósofos, pero sobre todo Platón. Eso declara. Me gusta sobre todo Platón —alarga la o con esa afectación única de las niñas-bien mexicanas.

Hans nombra y se sabe muchos nombres. Le parece muy bien que los escritores mexicanos, todos, hablen del horror. Es nuestro horror, declara Hans. Es nuestro deber hablar de él con los instrumentos que tenemos. Eso cree Hans. La mujer de Tachi, presumiblemente, asiente y alza las cejas. Pero ninguno de los dos opina. En cuanto ella encuentra un hueco en la conversación —salta, aprovecha— y le pregunta a Hans sobre la relación entre las cocinas de Frankfurt y eso del taylorismo. Eso le había interesado mucho y quisiera saber más al respecto. Tal vez puedan contratar a un maestro albañil que les copie el diseño de las cocinas de Margarete Schütte-Lihotzky, con un ligero *upgrade*.

Trato de memorizar ese nombre imposible: Margarete Schütte-Lihotzky.

Tal vez haya sido así —como las cocinas de Frankfurt— la cocineta original de nuestro departamento rentado, en el último piso de un edificio en la Avenida Revolución. Es un espacio diminuto esa cocina, y un

poco oscuro. Tiene una única ventana que abre hacia una T formada por dos calles perpendiculares, muy estrechas, atiborradas de negocios formales e informales. Más —en cantidad— informales que formales. Eso significa que la calle funciona no como un exterior sino como un interior: un mercado eterno, vertiginoso, techado con lonas rosas y azules, los pisos tapizados de chicles, gargajos, semillas, colillas, uñas, pelo, insectos, monedas de diez centavos, vastos archipiélagos de mierda de perro y rata. Originalmente, cuando las calles que bordean el edificio eran de veras calles, el edificio Ermita tenía la particularidad “porosa” —dice así una guía histórica de la ciudad— de abrir el espacio privado hacia el exterior y viceversa. En la planta baja había farmacias, cafés, negocios. El primer edificio entre funcionalista y decó de la ciudad, el primer proyecto de una clase media plenamente moderna y urbana. Teníamos, tuvieron —todos hemos tenido— un proyecto de felicidad. Nos mudamos ahí recién casados —muy jóvenes— porque un amigo nos había dicho que en ese mismo edificio había vivido Tina Modotti, aunque luego supimos que no era cierto, que Modotti había vivido en una casa colonial a unas cuadras de ahí.

¡Hank González!, grita Tachi. Agónica hora 6.57 del vuelo.

La conversación entre su mujer y Hans acaba de abrir una ventana para el intercambio de correos electrónicos y Tachi ha sentido una punzada de rabia o de terror. Apenas registran el aullido de Tachi —¡Hank González! ¡Así se llamaba el político!— y prefieren seguir deletreando sus direcciones electrónicas. La de ella es eternaduermevela@hotmail.com. La de él —tre-

mendas coincidencias de esta vida a decir de ella— es despiertodormido@hotmail.com.

Sí era Hank González, le digo —suave codazo— a mi esposo. Pero está dormido.

También nos mudamos al Ermita porque ahí se abrió el primer cine sonoro de la ciudad y nos gustaba esa idea: vivir encima de una sala de cine. Había un proyecto ahí. No importaba que en realidad ese cine fuera desde hace veinte años sólo para adultos. Es decir, para cincuentones solos. No importaba, era un cine y eso era lo importante. Era un cine integrado al edificio pero separado estructuralmente de él por una caja de acero: una especie de caja de Schrödinger. Es decir, una caja hipotética —porque mientras cocinamos encima de ese cine, cogen escandalosamente como gatos varios actores y actrices todos a la vez. En realidad ni cogen ni cocinamos: ellos se calientan y nosotros recalentamos —pues en la pornografía no hay lugar para el sexo y en nuestra cocina no hay espacio para una estufa. Tenemos eso sí, un buen microondas.

El año pasado, mientras oíamos las aventuras seriadas del Savage Cowboy —un gringo que latiguea mexicanos a cambio de sus Juanitos (así les llama a sus miembros)— inventamos los huevos benedictinos de tópergüer —o tupperware— según se prefiera. Declaradamente, nos gustan, aunque sean con mayonesa y mi marido opine —ahora— que les pongo demasiada mayonesa.

La mujer de Tachi le sugiere a su nuevo compañero de viaje mostrarle los planos de su casa: tal vez a él se le ocurran mejores soluciones que a ellos, que a su marido en particular, debiera decir, pero por supuesto no lo dice. Mi asiento tiembla ligeramente —asidero mo-



De la serie *Días fríos*, fotografía digital, 50 x 50 cm, 2009-2011

mentáneo de la mujer, que ahora se levanta para sacar las maletas de arribita para compartir los planos de la casa con el suecomexicano. Le dice que parece sobre todo sueco y sólo un poco mexicano. Dice: pareces más sueco que mexicano. Luego le pide a su marido intercambiar asiento con Hans, pues va a ser engorroso estudiar los planos de la casa de un lado del pasillo al otro —no vayan a molestar a los pasajeros y los vaya a regañar la señorita aeromoza.

Tachi se muestra reticente —nunca viaja en la fila de en medio, alega, y a estas alturas ella lo debe ya saber.

Es por el bien de nuestra casita —argumenta ella, el diminutivo como una daga.

Hans se pasa a la ventana. Ella necesita quedarse en

el pasillo porque no soporta imaginar el abismo que se abre detrás de la persiana plástica. A Hans le parece perfecto, porque nada le gusta más que la ventana. De hecho, si lo dejan sentarse ahí el resto del vuelo estaría muy agradecido porque nada lo conmueve más que ver la mancha urbana de la Ciudad de México desde el aire, minutos antes del aterrizaje. Es tan —pero tan— parecido a aterrizar en el agua. El suecomexicano les comparte un dato que sólo él considera fascinante: el primer mapa de la Ciudad de México —todo agua, todo lagunas— está en una biblioteca en Suecia.

Aterrizar en la Ciudad de México de noche es como posarse en un manto de estrellas —remata ella, muy muy dueña de sus palabras.



De la serie *Otro distante*, 2013

Ulpiano también habló del “derecho del marido”. A éste, si descubre que su mujer ha incurrido en adulterio, se le insta a divorciarse y se le recomienda indiciarla. El único caso problemático es el de la mujer adúltera menor de doce años, dice el sabio y precavido romano, que por ser menor de edad, bajo la ley, representa una instancia ambigua. Pero ella, la mujer de Tachi, a pesar de su voz como de pajarito ansioso, no personifica en realidad el caso problemático que sugiere Ulpiano.

La primera recomendación de Hans, a la hora 7.00 del vuelo, es un comedor de Charlotte Perriand. Una sala tan amplia requiere un Perriand.

Trato de leer la primera página de la novela de Martin Amis que he elegido para el viaje —como si algu-

na vez hubiera conseguido leer poco más que dos o tres páginas en los aviones.

Tampoco es que Tachi se esfuerce mucho en salvaguardar el carácter eterno de su unión conyugal a la hora 7.04 del vuelo, hora en la que Hans ya se metió al cuarto matrimonial y está sugiriendo que la ventana sur del dormitorio se amplíe unos cuantos centímetros y que se utilicen ventanas corredizas.

Las primeras líneas de la novela de Amis son hermosas y muy tristes. Hablan de las ciudades —las ciudades de noche— cuando las parejas duermen y algunos hombres —dormidos— lloran y dicen: Nada. Pienso en los dientes de Martin Amis. Miro la boca ligeramente entreabierta de mi marido. Pienso que no sé bien cómo

son sus dientes. Hace muchos años tuve una pareja que rechinaba las muelas mientras dormía. El comedor de Perriand es una obra de arte, asegura Hans, mientras lo reproduce en un dibujo. Rechina la punta del lapicero contra el papel —presumiblemente usa para sus dibujos la bolsita para vomitar en caso de turbulencia. Me producía cierta angustia el rechinido insistente de esos dientes en pleno sueño. A veces —incluso, injustificablemente— me enojaba mucho ese sonido: indicaba, me parecía, que ese hombre dormía en el fondo muy lejos de mí. Lo despertaba para preguntarle si se sentía bien. Nada, decía. Tiene razón Amis —dicen: Nada. Cierro la novela. La decisión está tomada: el comedor será un Perriand.

Hora 7.12 del vuelo. Tachi anuncia que va al baño. Ella no dice nada.

Hans le ofrece a ella una menta —hora 7.13.

Gracias —dice ella.

Tachi camina al baño tal vez para lavarse la cara, tal vez los dientes, tal vez para orinar. Tal vez para llorar. Se va a desabrochar el botón y se va a bajar los pantalones. Así le enseñaron de niño. Tal vez creció rodeado de mujeres que preferían las tazas del baño limpias, sin salpicaduras. Aprendió a mear sentado desde muy niño. Cubre el asiento del baño con dos tiras de papel higiénico y se sienta sobre ellas —los dos muslos cayendo simultáneamente sobre la taza— para pensar el papel contra la superficie, que no se mueva ni un centímetro, no vaya a ser que su piel dé directamente con una gota ajena. Orina empujándose el miembro con los dedos índice, medio y anular hacia atrás. Unas pocas lágrimas nomás —más de coraje que otra cosa.

Mientras Tachi se está lavando las manos, Hans le pregunta a la mujer de Tachi por qué es que la familia desapueba del joven matrimonio. Ella, por primera vez, se muestra un poco defensiva. Su padre no desapueba, asegura. Es sólo que Tachi y su padre no están en buenos términos —tanto así que el padre le colgó el teléfono a ella la última vez que hablaron, después de decirle que su marido era un Pinche mayate. Ella confiesa que tuvo que buscar la palabra en la página de la RAE. Las dos definiciones eran: 1. Escarabajo de distintos colores y de vuelo regular; 2. Hombre homosexual. Supo que su padre se refería a la segunda. Pero prefiere ni pensar en eso. Mejor hablar del baño: ¿Tina o regadera?

Ulpiano escribe: “No es la cópula sino el afecto matrimonial el que constituye el matrimonio.”

Hans habla, a la hora 7.25, de sus sobrinos. Él tampoco es padre pero es muy buen tío, le asegura a ella. Los adora. Y también es padrino de una sobrina, hija de su hermana, que vive en Connecticut.

Ella repite: Connecticut.

No sé dónde queda exactamente Connecticut —pienso.

¿Dónde está Connecticut exactamente? —pregunta ella.

Hans dice que no importa, que Connecticut está lo suficientemente cerca de Nueva York. Porque cada vez que va a Connecticut se da su escapada a Nueva York. Tiene amigos ahí, en Brooklyn. Ella y Tachi conocen bien Nueva York, les gusta Times Square. Pero a Tachi no le gusta caminar mucho: se cansa. A ella en cambio le encanta caminar. A Hans también le encanta. De hecho, hizo el camino de Santiago el año pasado. Ella desea hacer eso algún día, pero con Tachi va a estar difícil.

Hans asegura que no hay nada mejor que meterse a la cama desnudo después de un buen baño y una copa de vino tras un día entero de caminar por esos paisajes.

Tachi vuelve del baño. Hora 7.29. No se sienta —prefiere caminar un poco a lo largo del pasillo para estirar “mis patitas”.

7.30

7.31

7.32

El emperador Valeriano escribió, a la hora 7.33 del vuelo, en el año 258 después del nacimiento de Jesucristo, que la infamia cubre al hombre que se casa con dos mujeres a la vez. No es el caso de Tachi. Pero conoce la infamia, la palpa en la lengua, entre los dientes, la tiene entre las piernas.

7.34 horas de vuelo —10,600 metros por encima del nivel del mar— hora en el lugar de destino: 3.23 AM.

Levanto el posabrazos y coloco la cabeza en el regazo de mi marido —trato de dormir un poco. Siento, en el lóbulo de la oreja derecha, la costura de su cremallera —y en mi cachete, la leve erección de los dormidos. No lo veo, pero Tachi está parado junto a su asiento, reposando una mano en el respaldo del mío. Habla con su mujer. Ella pregunta cómo está. Bien, dice él, aunque le duelen las piernas. Ella pregunta si el chofer de su papá los recogerá en el aeropuerto. Por supuesto que sí, afirma Tachi, en eso habían quedado desde cuándo. Me tapo con la frazada hasta la frente. Repaso: aquí mi lengua — mi primero segundo y tercer molar — mi cachete — la mezcilla — la carretera metálica del zíper — el estampado a rayas del calzón — la punta tibia de su miembro — el asiento — el alfombrado — las diversas capas de metal — las entrañas de la nave — y luego, 10,600 metros de vacío entre nosotros y la superficie del mar.

Y la luz blanca —constante— que el avión rasga como una tijera rasga una frazada. Tal vez me duermo un rato.

Para el desayuno —hora 10.41— hay huevos benedictinos con mucha mayonesa. La azafata sevillana me despierta y yo despierto a mi marido. Me entusiasma la coincidencia. Él no la nota. Me sonrío —bosteza— y

se talla los ojos enérgicamente con los talones de las manos. Comemos.

¿Por qué te llamas Tachi?, pregunta Hans —la boca llena de mayonesa— a la hora 10.43: la hora de las preguntas crueles.

¿Quién va a ir por ti al aeropuerto? —me pregunta mi marido.

Voy a tomar un taxi —respondo. ¿Y tú?

Viene por mí un amigo. Si quieres te llamo el domingo y nos ponemos de acuerdo para que no tengas que estar cuando yo vaya por mis cosas el lunes.

Como sea —digo.

Es un apodo —dice Tachi.

¿Pero por qué te lo pusieron? —insiste Hans.

Demasiada mayonesa —interrumpe ella. Ambos están de acuerdo.

Nomás, dice Tachi. Porque me llamo Ignacio y mi hermanita me decía así cuando éramos niños.

Ulpiano indica que tres condiciones se tienen que cumplir para que un matrimonio sea considerado legítimo: previo connubio; el hombre ha llegado a la pubertad y la mujer está en edad de tener relaciones sexuales; hay consentimiento de ambas partes.

Consentimiento de ambas partes.

Hora 11.03. La sevillana y otro azafato recogen las charolas.

Hora 11.17. La sevillana recoge los audífonos, que casi nadie abrió. Yo finjo que perdí los míos —que he guardado en mi bolsillo— por si acaso se ocupan luego.

Hora 11.22. Inicia el descenso.

Hora 11.30. Tachi no quiere aterrizar sentado en la fila de en medio. Le da miedo, insiste. Hans ofrece cambiar otra vez de lugar. La ciudad amaneció lluviosa y nublada así que la vista aérea no va a ofrecer gran cosa de todos modos.

Hora. 11.45. Tachi y mi marido miran por la ventana en silencio. La ciudad cubierta por una nube espesa, lechosa.

La nave desciende, toca el piso, rebota ligeramente, vuelve a hacer tierra, avanza contra su peso, poco a poco frena, frena, hasta detenerse por completo. 📍



En el muro

Raúl Aníbal Sánchez

1

Así llegan las fotografías
primero ella dientes magníficos
luego él un poco calvo un poco alegre
sostiene en la mano un trago de licor indefinible

Cada tanto
un fotografía nueva
como algo borroso que nos pasa de largo
Un hombre o mujer diferente
“Ayúdanos a encontrarlos”
escribe alguien sin rostro
en los correos electrónicos
o en las paredes de juzgados

Leemos historias
dónde se les vio
a las afueras de un bar
salieron a comprar víveres dicen
estaban de vacaciones
y de pronto nadie contestó el teléfono

Cuando por fin nos detenemos a observar
buscamos en la profundidad de sus ojos
una señal
algo de tristeza
o premonición

2

En este siglo
 las huellas de los ausentes son largas
 Nos quedan las fotografías ingenuas
 y los zapatos que no llevaban puestos

Prodigadas con la despreocupación del inmortal
 quedan sinnúmero de anécdotas y cartas
 Las calles donde vivieron el nombre de sus compañeros de trabajo
 la identidad de los amantes los viajes
 el lugar donde ese día bebieron cerveza

Fantasmas que sobrevivirán a nosotros
 a los criminales
 al tiempo de los hombres

3

Por desgracia
 esta mañana del 20 de septiembre
 han sido encontrados muertos
 apreciamos su valiosa ayuda
 ahora su familia puede descansar tranquila
 sabiendo que se encuentran
 en el regazo del Señor

¿Por qué sonrían
 qué miran cuando miran hacia la cámara
 hacia nosotros que les observamos a través del tiempo?
 ¿Ven la sombra ominosa tras de uno mismo
 erguida y dispuesta a devorarnos?

Raúl Aníbal Sánchez (Chihuahua, Chihuahua, 1984). Es colaborador y socio fundador del blog cultural *Terrario* <<http://terrario.io>>. Ganó el concurso Ciencia y Tecnología para los Niños y Niñas de la Ciudad de México convocado por el ICYT-GDF (2008) con el cuento “Luna de día”; obtuvo el primer premio del concurso Historias que Trascienden (UAM), y el primer lugar en el Premio Nacional de Cuentos Infantiles y Juveniles Cuenta conmigo (Conafe). Ha publicado en las antologías *Cenzontle de papel* y *Florece en la plaza mayor* (Taller Editorial Zócalo), y *¡Esos malditos escuincles! 25 Mexican Poets 30 and Under in Big Bridge: a Webzine of Poetry and Everything Else* (Big Bridge Press, número 17). Es becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA.

Un árbol siempre en el principio

Fernando Carrera

En el hombre si crece
la sangre, su volumen
para henchir el tallo
la talla del deseo

El árbol no se mueve
danza
Como el hombre que camina
no abre camino alguno
ni funda la ciudad
pero sí anida al pájaro
el canto
que le dé lengua

Si por la tuya
en mí el ave canta y asciende
entonces
soy árbol

potencia
de lo que despierta
si
labios o raíces
suben al suelo para besar el barro
al hombre/mujer

que en el umbral del aliento
entuma

las palabras

“levántate y anda”

dice el dios
a imagen y semejanza de su gesto
—lujuria de quien da la vida—

y el hombre (pan del dolor)

se hace

Fernando Carrera (Guadalajara, Jalisco, 1983). Es autor de los poemarios *Expresión de fuego* (Mantis Editores-Secretaría de Cultura, 2007), y *Donde el tacto* (Instituto Cultural de Aguascalientes, 2011), por el cual recibió el Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos 2010. Recibió menciones honoríficas en el Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén 2009, y en el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta 2006. Fue becario del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico, del Conaculta y la Secretaría de Cultura de Jalisco en 2008 y en 2010. Ha publicado en diversas antologías y en medios impresos y electrónicos a nivel nacional e internacional. Ha sido invitado a dar lecturas en diversos encuentros de escritores, foros culturales y académicos de México, España y Venezuela.

Corazones artificiales

Gabriel Rodríguez Álvarez

RESEÑA GANADORA EN EL SEXTO CONCURSO DE CRÍTICA TEATRAL CRITICÓN

El lado B de la materia

Dramaturgia y dirección: Alberto Villarreal

Teatro Juan Ruiz de Alarcón, Centro Cultural Universitario

Del 29 de agosto al 1 de diciembre de 2013

El lado B de la materia es una obra de teatro pesimista y poética que subraya la belleza del simulacro y la rudeza de lo explícito. Con adeptos y detractores en sus cincuenta representaciones, nadie queda indiferente ante el arrebato manifiesto y alegato escatológico del director y escritor mexicano Alberto Villarreal, producido por Teatro UNAM y construido durante un largo proceso de escritura y ensayos; una producción que se ha servido de anteriores borradores y dramaturgias del mismo autor y que ha concluido en un profundo ensayo acerca de la cultura contemporánea mirando de cerca sus hábitos y sus residuos. El miedo a la nieve verde sublima las angustias de la destrucción, y el proyecto es un aullido contra la corrupción que todo lo banaliza para consumirlo y desecharlo instantáneamente. Lejos de ser una narración convencional, el texto aborda los blandos postres del estómago y la vejiga. Muestra líquidos interiores en extenuantes monólogos que desbordan acidez y filosofía. Los personajes contrastan entre sí y cada uno expresa con ferocidad los dilemas del cerebro y el corazón, la sangre y la mierda. Las actrices y actores son atletas del abismo que sufren metamorfosis al encarnar a esos seres descarnados: Tania Ángeles Begún cambia de pieles y se desangra repetidamente; Rodolfo Blanco es un oso que se vuelve un enorme tiburón. Aprovechando sus acentos extranjeros, Adriana Butoi deja correr la ira y se inflama a ritmo de tap, zapateando incluso sobre patines; el brasileño Renan Dias, que es capaz de escalar en las butaquerías, mantiene la tensión dramática sin pestañear mientras se desagua en cámara lenta. Bernardo Gamboa despliega diversos personajes como histrión atlético y todo se tensa con la guitarra eléctrica de Mónica Gómez y el voltaje de sus gestos. Basado en un teatro físico y de jadeos, la estrategia aprovecha silencios y la épica del rock que se va desafinando al avanzar la trama. La música se torna disonancia para dar atmósferas a los gritos y ser la sombra ruidosa de historias crueles y tiernas, contadas vociferando. Los diálogos son casi nulos y cada personaje se vacía junto a los otros intercambiando todo menos palabras. Cada uno hace su propio harakiri y atenta contra el ego y el individualismo. Atrás los demás hacen de



Foto © Andrea López

coro y de eco que amplifica la estridencia y la explosión de emociones. Para abordar la mierda seriamente, se va haciendo una historiografía de la costumbre de asociarla al éxito económico en el teatro y a la realización individual en escena. El chocolate lo sintetiza perfectamente, una pasión sanguínea que se hace cerebral y después cambia de color con los desechos del pensamiento.

La escenografía y la iluminación de Alejandro Luna llevan la acción a las butacas, abriendo un enorme espacio para lo metafísico en la altura del teatro y resolviendo el primer plano con un horizonte alargado en el que se mira de cerca a los actores que sudan, gimen y se empapan. El objetivo es desmontar el espectáculo y abrir la entraña para mostrar el sistema de poleas de las pantallas y los reflectores. Las butacas se convierten en un elemento activo en donde la pieza trastoca lugares comunes con travesuras y aprovecha las distancias para trabajar con escalas, sombras y miniaturas como de caricaturas de un manga. La creación musical de Mauricio García de la Torre suma las cuerdas distorsionadas con acordes de piano que dan un respiro, o una ópera que disfruta y aprovecha la dulzura y aspereza de las lenguas para seguir bordando las texturas anímicas. En francés se oye despectivo y arrogante; en italiano, suave y seductor, aunque signifique un exordio a la masacre, y en alemán parece un rechinado de máquina, aunque revele su intimidad el escualo enamorado. Hay ironía

Foto © Andrea López



en las voces en *off* y mientras descende uno de los inmensos sistemas de reflectores, el diseño sonoro nos lleva hasta las profundidades del océano, para ser testigos del nado aéreo de un enorme tiburón con el telón azul de fondo. Los instintos prevalecen. En la oscuridad nos quedamos, con dudas inmensas pero con la certeza de que tratando de escapar de la podredumbre y el esnobismo, también hay belleza dura, vísceras y verdad en algunos retretes escénicos en “las grandes capitales culturales del mundo”. **P**

Foto © Andrea López



Gabriel Rodríguez Álvarez (León, Guanajuato, 1974). Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UNAM. Se desempeña como escritor, editor y profesor de Sociología del Cine en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Mi marido no se disculpa

Silvia Elisa Aguilar Funes

House of cards

Creada por Beau Willimon

Basada en la novela de Michael Dobbs y en la miniserie de Andrew Davies

Producida por Media Rights Capital/Netflix

Estados Unidos, 2013 y 2014

No hay consuelo arriba ni abajo. Sólo nosotros. Pequeños, solitarios, esforzándonos, luchando unos contra otros. Yo me rezo a mí mismo y por mí.

Frank Underwood

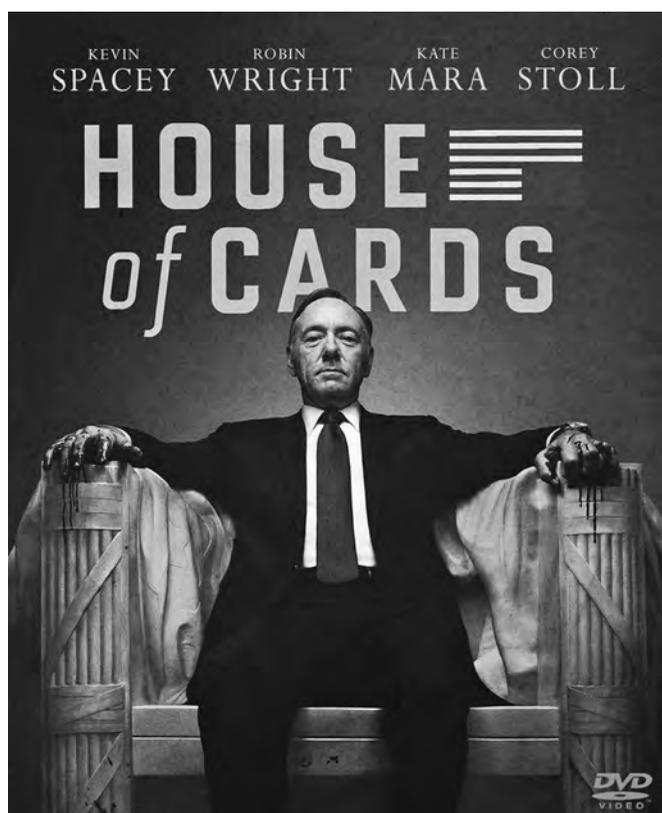
¿Casa de naipes? Parecería éste el título más adecuado para una serie en la que se representa la política y a los políticos que dirigen al país, todavía, más poderoso del mundo: el gobierno estadounidense. *House of cards* (2013) tiene dos acentos de importancia: se trata de una versión de la serie homónima de la BBC (1990), de cuatro capítulos; es una producción original de Netflix, el servicio de renta de programas de televisión y películas en línea que propone nuevas condiciones de uso para el televidente.

Se trata de un producto para televisión con calidad cinematográfica transmitido mediante la tecnología *streaming*, que consiste en la descarga simultánea a la reproducción de archivos. Netflix, empresa líder en el ramo, se fundó en 1997. Poco después de su expansión en América Latina (2011), lanzó su serie estrella en el apogeo de este género de producciones. A diferencia de Home Box Office, canal y productora de series y películas para televisión por excelencia, Netflix ofrece dos ventajas que modifican la forma de consumo del espectador: un precio bajo mensual (menos de diez dólares) contra el costo de HBO, que incrementa la mensualidad de la tele por cable; y la no restricción de los tiempos de transmisión de su oferta: el televidente dispone a placer el momento y las veces en las que mira una historia.

Frank Underwood es un congresista ambicioso que busca el ascenso en la Casa Blanca. Él y su esposa son los papeles estelares, inscritos en el mapa de lo siniestro que tanto éxito ha tenido dentro del *boom* de programas seriados. *Dexter*, *Mad Men*, *Breaking Bad* han sido encabezadas por personajes oscuros, sombríos, con vidas dobles,

aunque matizados, con puntos de inflexión que los hacen personajes con los cuales se puede sentir empatía. Ésta ha sido una crítica a la serie de Media Rights Capital y Netflix, dado que Francis y Claire Underwood toman decisiones que siempre pasan por encima de alguien más. Al mismo tiempo, es lo que da originalidad a este drama político, pues sus protagonistas no encuentran necesario justificar sus pasos. Además, estamos frente a una pareja solidaria y transparente entre sí, aun en sus bajezas.

El personaje que encarna Robin Wright ha sido cuestionado ante la duda de si es feminista o sólo la encarnación de la misoginia limitada al horizonte de ambición del congresista demócrata Frank Underwood. Yo observo una figura compleja llena de sutilezas. Su crueldad abreva directamente de Lady Macbeth y es así desde el primer capítulo de la serie, cuando tras un fracaso sostiene el siguiente diálogo con su esposo:



Francis: Estoy furioso.

Claire: ¿Y dónde está la furia? No la veo.

Francis: ¿Qué quieres que haga? ¿Que grite? ¿Que haga una escena?

Claire: Quiero más de lo que veo. Eres mejor que esto.

Francis: Lo siento, Claire.

Claire: No aceptaré eso.

Francis: ¿Qué cosa?

Claire: Las disculpas. Mi marido no se disculpa, ni siquiera conmigo.

A partir de estas palabras, el espectador puede darse idea del tipo de matrimonio de los Underwood. Se trata de la esposa de un político con una trayectoria profesional propia pero ligada a la del demócrata. La belleza y sensualidad de Claire no son sus únicas armas, pues es una mujer inteligente, manipuladora, elegante y encantadora, ambiciosa y leal. No permite que los problemas ordinarios, como la infidelidad, socaven su matrimonio, pero sí aprovecha los problemas afectivos de otros para generar intriga. Se puede observar cómo, entre la primera y la segunda temporada, debe adaptar sus prioridades en función de la búsqueda de la vicepresidencia por

parte de Francis, sin dudar nunca de que ésta es también su finalidad.

Kevin Spacey, quien a su vez es productor ejecutivo de la serie, representa a Frank Underwood. De él conocemos su pasado afectivo y ambiciones, sus debilidades e intenciones con plena certeza: tiende un puente con su audiencia que permite al internet-vidente ser su cómplice gracias a una estrategia retomada del Frank Urquhart, de la BBC, interpretado por el actor escocés Ian Richardson (1934-2007). Dicha estrategia es la ruptura de la cuarta pared.

En la red de manipulación que ambos personajes entretejen, lo más interesante no son las víctimas que van dejando al lado del camino, sino cómo eliminan a quienes entorpecen su ascenso. Así ocurre con los periodistas en la esfera de poder. En *House of Cards* son retratados como parásitos en torno a la actividad política. Por esta misma razón, son personajes cínicos, despreciables, pero útiles. Asimismo, se equipara a los políticos menores con el presidente por ser adiestrables.

House of Cards es una serie fresca pese a que su argumento no es original. La adaptación al contexto estadounidense plantea situaciones verosímiles. Mientras que la novela de Lord Michael Dobbs (1989) y la primera versión de la serie (BBC, 1993), homónimas, se enmarcan en el fin del gobierno de la primera ministra Margaret Thatcher, la última adaptación parte de la alternancia bipartidista de Estados Unidos.

Dobbs conoce bien la maquinaria política del periodo elegido para su novela puesto que fue asesor de la Dama de Hierro entre 1977 y 1979; fue autor de los discursos del Partido Conservador, asesor especial del gobierno y jefe de la bancada de los conservadores en la década de los ochenta; presidente adjunto de su partido a mediados de los noventa, y recibió el título de Lord en 2010. Con este bagaje, Dobbs concibió su primera novela, adaptada para la televisión inglesa por el septuagenario guionista y escritor Andrew Davies. Ambos se han involucrado en los veintiséis capítulos de la producción liderada por Beau Willimon y sus diversos directores, que van desde David Fincher hasta Jodie Foster y la propia Robin Wright.

La serie, cuya segunda temporada se lanzó el 14 de febrero pasado, ha generado ganancias millonarias a Netflix. No obstante, a últimas fechas los productores han entrado en polémica con el gobierno de Maryland, ciudad donde se graba la serie, debido a que éstos piden una subvención superior a la que reciben. Por otra parte, el discurso de la serie, que señala la corrupción de los representantes políticos, ha sido atenuado por declaraciones del presidente de Estados Unidos, quien se ha declarado admirador del programa. ●

Silvia Elisa Aguilar Funes (Estado de México, 1984). Es comunicóloga por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y maestra en Comunicación Política por la UAM-Xochimilco. Se ha desempeñado como asistente editorial y como profesora adjunta en el área de periodismo de la FCPyS-UNAM. Obtuvo una mención en la categoría de Crónica en el Concurso 38 de la revista *Punto de partida*.



